NOSOTROS

RECUERDOS DE WIESBADEN (1)

El consejero Conrado Beyer

Colonia, á 13 de junio de 1906.

Señor Don Ernesto Quesada.

Mi muy querido y estimado amigo:

El dia que llegaba á mis manos su grata del 12 del pasado era para sus amigos de Colonia un dia de fiesta... Amamos al amigo, y yo abrigo la esperanza de que volveremos á hacer nuestras excursiones por las selvas de Karlsbad... Tengo que comunicarle una nueva fúnebre: el doctor Conrado Beyer, el famoso fundador de la sociedad literaria de Wiesbaden, que nos obsequiara tanto; ese vehemente poeta y elocuente orador, ha muerto el dia 15 de marzo, á la edad de 72 años... El sucesor de Beyer es nuestro amigo el consejero Christian Spielmann... Todos los amigos saludan á Vd. cariñosamente... Abraza á Vd. á través de la distancia, su afectísimo amigo de siempre.

Juan Fastenrath.

Señor don Juan Fastenrath.

Colonia.

Mi querido y respetado amigo:

Su afectuosa carta del 13 de junio me ha causado pena profunda, por la nueva del inesperado fallecimiento de nuestro excelente amigo, el consejero Conrado Beyer, en cuya

(1) Las cartas que ahora se publican vieron la luz en Alemania, en el t. VIII del *Jahrbuch der Kölner Blumenspiele*, que dirigía el finado escritor Fastenrath: son, pues, inéditas para nuestro público, y si bien se refieren á un episodio exclusivamente alemán, han de interesar quizás á no pocos entre nosotros por tratarse de las apreciaciones de un compatriota acerca de hombres y cosas de aquel imperio. Sobre todo, como impresiones personales tienen siempre su sabor literario y por ello NOSOTROS ha querido darlas á conocer.

N. de la D.

compañía hemos pasado tan agradables momentos en Wiesbaden, cuando usted nos encantó, en cierta memorable sesión de la sociedad literaria, con aquella su profunda y deliciosa conferencia sobre el humor español, con tanto recogimiento oida en la sala—pequeña para la concurrencia que la llenaba—de la casa consistorial de la poética ciudad del Taunus, perla de los baños de Alemania, de recuerdos y seducciones hasta en sus últimos rincones desbordante. Aquella sesión, como la cordial y magnífica cena que, en el simpático restaurant Grüner Wald, tuvo lugar esa misma noche, en honor de usted y de su señora, fueron presididas cabalmente por el doctor Beyer, lleno de fuego malgrado sus 72 primaveras, entusiasta como un joven principiante, infatigable para multiplicar sus alocuciones, delicadamente atento á fin de que todos nos encontráramos á gusto; derramando con derroche tesoros de elocuencia y de chistosas ocurrencias, sin descuidar referirse—como lo hizo en su primer brindis—á cuestiones de alta sociología, dignas de la meditación de su mente pensadora y revestidas con el manto brillante de su singular talento poético, que parecía involuntariamente trocar en sonoras perlas cuanto á su alcance estuviera.

¡Qué hombre, amigo mío!: cultísimo caballero, poeta inspirado, observador lleno de experiencia mundana, ecuánime en el trato, nutrido por vasto é incesante estudio, al tanto de todo cuanto en el mundo ocurría; amable, seductor, y para quien, no obstante ser la quietud nutrimento del alma, los años parecían no tener poder alguno, pues como joven pensaba, á la vista ofrecía la actividad de un joven, desenvolviendo como joven su típica existencia de benedictino ejemplar, que los cuidados cariñosos de una sobrina, de encantaciones llena, habían logrado rodear de un ambiente de placidez sin igual en medio de sus libros, objetos de arte y múltiples recuerdos de sus dilatados viajes. Verle en su casa de la Emserstrasse, en aquella «Villa Boppard» que al vivo se me representa, rodeado de hombres distinguidos y de damas hermosas, que parecía siempre congregar para dar color á las cosas, ofreciéndoles su generosa hospitalidad que provocaba la dulce ilusión de encontrarse cada invitado en la propia casa; observarle allí como hombre de mundo impecable, tratando de disimular su vasto saber y el pasado ilustre de sus libros y escritos, era realmente una delicia: aquel anciano vigoroso, de ojos brillantes y de movimientos juveniles, seducía y atraía, y con poca diligencia se entraba en las entrañas, no pudiendo razonar un

rato con él sin que el visitante por completo se sintiera subyugado.

El haber cultivado su trato—á usted debido, amigo mío —será para mí una de las memorias más gratas de mi gratísima permanencia en Wiesbaden, donde fuí á consolidar una salud por el exceso de trabajo minada, y que, gracias al dulce calor de la fuente Kochbrunnen y á la influencia del riguroso régimen curativo complementario, pronto pareció recuperar el vigor perdido: si bien—y sin que esto sea hablar con poco acatamiento de aquellas aguas casi milagrosas—atribuyo no poca parte de la curación de tan rebelde dolencia á la cariñosa compañía de los amigos de allí, cuyo número uno era Beyer, que abrió para mí de par en par las puertas de su casa. Sin duda mi gratitud es profunda, y no puedo ser infiel á los demás amigos, entre los cuales no se me cae del corazón el simpático y bondadosísimo comandante Schrader, cuya familia encantadora me colmó de atenciones; el alegre é inolvidable barón de Zedlitz Neukirch, en cuya casa me encontraba como en la misma mía; el doctor Spielmann, hoy sucesor de Beyer en la presidencia de la sociedad literaria,—y cuyo hermoso libro *Aufgang aus Niedergang*, con sentida dedicatoria suya, me tiene ahora absorbido,—también me acogió con afecto en el seno de su familia el doctor Meyer, en cuyas reuniones rivalizaban la hermosura de las damas y el talento de los comensales; nuestro buen amigo Fischbach, tan *fidel*; Glücklich, crónica viva de la edad de oro wiesbadense: y mi constante compañero, el consejero Joesten, de cuyo lado pocas veces me apartaba; y tantos y tantos otros, que hacía firme propósito de poder alguna vez volver á ver y de nuevo pasar horas y horas de charla franca y amistosa... Su carta—ay de mí!—me quita esa ilusión: mintieron mis esperanzas, falta ya uno de aquellos queridos amigos: el más viejo por la edad, sin duda, pero el más joven por el corazón, y aquel que parecía ser algo como el centro del movimiento intelectual de la joya rhiniana.

Presente tengo lo pasado: cerrados los ojos, miro de memoria y no puedo conformarme con la idea de no volverle á ver. Sí, adivino lo que usted va á decirme: á los puntos de la pluma vienen las palabras de Schiller:

Er ist der Glückliche. Er hat vollendet,
. . . . . ihm spinnt
Das Schicksal keine Tücke mehr: sein Leben
Liegt faltenlos und leuchtend ausgebreitet,
Kein dunkler Flecken blieb darin zurück,
Und unglückbringend pocht ihm keine Stunde.

Todo eso es cierto: pero, por mayor que sea la paz de que ahora goce el amigo desaparecido, habría preferido poner todavía los ojos en él y mirarle tomarse á brazo partido con las naturales miserias de la vida, si bien paréceme que ellas no le turbaban la paz del alma, pues su existencia diríase más bien un oasis feliz, á donde no llegaban, sino muy amortiguados, los vientos huracanados de la vida, que á las veces envuelven y arrebatan á los que vivimos en la plena lucha. Beyer era un filósofo, un sabio á la antigua; su ídolo, aquel encantador poeta Rückert—por cuya gloria tanto hizo y á cuyo respecto deja libros irreemplazables—le señalaba constantemente su ruta:

Den Weisen kannst Du an der Wahl der Zweck'entdecken,
Den Klugen an der Wahl der Mittel zu den Zwecken.

¿Cuál de los dos ideales realizaba nuestro amigo? Posiblemente ambos. Había pasmo y embelesamiento en conversar con él, porque su memoria felicísima le hacía revivir su accidentada vida, y era inagotable el tesoro de sus recuerdos desde que, después de la existencia de estudiante en Léipzig, fijara su morada en Eisenach, para trasladarse diez años después á Stuttgart é instalar definitivamente su hogar en Wiesbaden, casi á los 70 años de haber venido al mundo en Pommersfelden. Y sus viajes por todas partes, bastantes para llenar por sí sólos una vida entera, le inspiraron libros deliciosos, como *Im Pharaonenlande*; sin por eso dejar de trabajar constantemente, y con un altruísmo singular, en levantar un monumento literario á personalidades como la mencionada de Rückert; de cuyas obras se hizo editor, y respecto del cual veo, en este instante, en un anaquel de mi biblioteca destacarse sus *Erinnerungen an Rückert* (1866), su *Rückerts Leben und Dichtungen* (1866), su *Rückert, ein biographisches Denkmal* (1868), sus *Neue Mitteilungen über Rückert* (1872), sus *Nachgelassene Gedichté Rückerts* (1877), su *Rückert: Lebens und Charakterbild* (1888). ... ¡Un verdadero apostolado! Y eso no cortó sus pasos y esperanzas, revelándose poeta de hondo sentimiento en una serie de obras, de las que sólo poseo parte: sus *Lieb und Leid*, sus *Erinnerungsblätter*. Su actividad como novelista ha sido también extraordinaria: precisamente al separarnos aquel día memorable en que, junto con usted y su distinguida señora, nos despidiera con un suntuoso almuerzo,—en compañía de un selecto grupo de amigos—dióme, con afectuosa dedicatoria, su *Auf dem Niederwalde* (1900), con

cuya lectura deleité mi viaje de regreso, admirando la frescura de imaginación, la maestría singular del escritor, el brillo de su estilo, y siguiendo el desarrollo del fascinador argumento con interés más y más creciente á medida que devoraba las páginas del libro. Tenía casi 70 años cuando escribió esa novela, y no se sospecharía su edad al leer los capítulos, llenos de calor y color, de aquel libro sugerente. Era, al mismo tiempo, una autoridad como crítico literario, y en poesía, sobre todo, sus opiniones le llevaban con ruído y aplauso por doquier en peso: sus obras críticas son libros de consulta en cuyas páginas habla el maestro; su *Deutsche Poetik* es una obra clásica. Poligrafo verdadero, casi no ha dejado género literario que no cultivara con la labor de las virtudes; era cosa admirable verle casi siempre con la pluma en la mano, dedicado por entero al ejercicio de escribir. Dramas sin cuento ha dejado, y era tal su dominio de la técnica de las tablas, que todavía á tan avanzada edad fué designado para organizar la hermosa representación dramática de 1903, el *Kaiser Adolf auf Sonnenberg,* cuyas estrofas vibrantes resuenan como lanzadas á los cuatro vientos por trompetas de plata en boca de heraldos potentísimos. El emperador, en pleno esplendor de su entrada triunfal, dice:

Graf Sponheim, meinem Herzen teuer,
Und Du von Boppard Konrad Beyer,
Seid mir willkommen heut am Kaisertage...

y luego, con un delicioso simbolismo, al dar dos rosas al poeta y dramaturgo, se le caracteriza así:

Es sei mein schönster Orden Dir,
Der Orden der Rose, verliehen,
Schmück Du damit deine Frauenzier
So soll durch mein Reich sie ziehen!

Beyer, efectivamente, era un admirador entusiasta de la belleza, del eterno femenino, de esa encarnación eterna de lo eterno hermoso en las líneas impecables de la mutilada Venus de Milo, perfecta, augusta, seductora, imperatoria... Poeta hasta la médula de los huesos, había atravesado el mundo recorriendo los países más variados y entonando siempre desde el fondo de su alma, abrasada por el amor de la hermosura eterna, un himno férvido y goethiano á lo bello, en lo femenino endiosado, porque para él la mujer hermosa era realmente la personificación del ideal y su belleza vence á cualquier otra belleza.

Por eso, precisamente por eso, aquella noche tantas ve-

ces mencionada, en que la sociedad literaria de Wiesbaden se congregaba en cena animadísima para festejar á usted y á su dignísima compañera, Beyer me dió un abrazo ardoroso cuando, á su insistente pedido de que dirigiera la palabra á la simpática concurrencia,—con lo cual obligóme á poner todos los esfuerzos de mi discreción en jugar el lance,—diciendo y haciendo cumplí tal orden en términos que, si mi memoria no me traiciona (y que tengo firmes y fijos, sin duda por referirse á usted, á quien tanto estimo), fueron los siguientes:

Hochverehrte Anwesende !.... Ich erhebe mein Glas um zu ehren, in Frau Hofrat Fastenrath, die deutsche Frau, die Mitarbeiterin ibres Mannes, die Säule des Heimes; die, welche Hand in Hand mit den Söhnen dieses Landes dazu beigetragen hat, dass um die weite Welt der Ruhm des deutschen Namens und der Erfolg der germanischen Errungenschaften sich auf eine wahrhaftig erstaunliche Weise verbreitet haben. Frau Hofrat Fastenrath ist ein beredsames Beispiel solcher Eigenschaften; fortwährend mit den Arbeiten ihres Mannes beschäftigt, ihm in Allem was ihr möglich ist helfend, ihm auch die Sympathien aller, welche sich ihnen nähern, erobernd, macht sie ihm auf diese Weise seine Lebensaufgabe leicht, muntert ihn auf und erlaubt ihm das Unerreichbare fast zu erreichen. Ich bitte Sie doch, unsere Gläser zu Ehren der Frau Hofrat Fastenrath zu leeren und erlaube mir zugleicherzeit den Wunsch auszudrücken, dass in recht langen, langen Zeiten die deutsche Frau immer was sie jetzt ist, bleibe, dass ist: die Säule des Heimes und der rechte Arm ihres Mannes! (1).

Veo aún á nuestro amigo; le lucían y centelleaban los ojos: aludir á las gracias y hermosura del otro sexo era tocar la fibra sensible del viejo y querido presidente de aquella sociedad. Beyer estaba conmovido y su ternura le enterneció... con razón, pues había merecido ser coronado como poeta laureado en los Juegos Florales de Colonia—por usted instituídos é infatigable y amorosamente hasta hoy dirigidos—desde que la clásica divisa «Patria, Fídes, Amor», era la genuína expresión de su alma de poeta y de su corazón de artista.

Muchas veces, paseándome con él por la Wilhelmstrasse, á esa hora incomparable en que el todo Wiesbaden desfila por las amplias aceras de aquella calle, única en el mundo,

(1) Ese brindis sencillo, vertido en romance, decía lo siguiente: Distinguida concurrencia:... Levanto mi copa para honrar, en la señora del consejero Fastenrath, á la mujer alemana, colaboradora de su marido, columna del hogar: á la que, á la par de los hijos de esta tierra, ha contribuido á esparcir por el mundo la gloria del nombre germánico y el éxito del empuje y del esfuerzo teutón. La señora de Fastenrath es un ejemplo elocuente de tales cualidades: preocupada constantemente con los trabajos de su marido, ayudándole en cuanto cabe, conquistándole las simpatías de cuantos se le aproximan, le facilita su tarea, le infunde ánimo y le permite realizar casi lo irrealizable Levanto, pues, mi copa en honor de aquella señora, y hago votos porque la mujer alemana continúe siendo, en el transcurso de los tiempos, lo que ahora es: la columna del hogar y el brazo derecho de su marido.

el consejero Beyer—contagiado, sin duda, por la sincera y vivaz simpatía que me inspiraba—daba rienda suelta á sus recuerdos y brotaban de sus labios anécdotas, poesías, retratos, juicios sobre hombres y cosas, haciendo correr, y no con la ligereza que él quisiera, ante mis ojos atónitos un mundo entero, medio siglo de vida social é intelectual.

A las veces, doblando por los restos del otrora opulento Bowling green,—en el parque de la vieja «Casa de conversación», de la cual ni rastros quedaban pues á gran prisa se fabrican las nuevas construcciones del palacio futuro que ha de reemplazar al coqueto Paulinenschloss, donde hoy se albarga provisionalmente la «Kurhaus»,—referíame nuestro amigo, con deslumbrante colorido, la vida de entonces en esas preciosas avenidas, cuando rebosaban de gente que venía á buscar en las mesas de juego, á la sazón oficialmente establecidas, la suerte loca que pasaba por la mano y acuerdo del croupier, desde el fatídico «messieurs, faites votre jeu», hasta el sepulcral «rien ne va plus», después del cual se pintaban á lo vivo, en las fisonomías de los concurrentes, todas las emociones posibles, desde la alegría sin límites hasta la más negra desesperación... Nada de eso existe ya y esos tiempos no volverán. En cambio, aquel parque umbroso conducía al característico monumento de Freytag, que evocaba un mundo de recuerdos en nuestro amigo, como los había provocado el busto sugerente de Bodenstedt, colocado cerca de la confluencia de la Sonnenbergerstrasse y la Wilhelmstrasse. En otras ocasiones, dirigiéndonos por la Taunusstrasse, nos dábamos el gusto de recorrer el parque pintoresco del Nerothal ó de subir á la capilla griega que corona la colina del Neroberg y desde la cual se goza de un panorama soberbio: Beyer, capaz de dar vueltas desde la raíz á la cumbre, amaba esas largas caminatas, se complacía en reposar su vista recorriendo el incomparable horizonte; y entonces, cual si sintiera súbita inspiración, ante su palabra cálida se erguía de cuerpo entero la historia de aquella región privilegiada, por donde han pasado las más terribles avalanchas de los pueblos, como arroyos que se descuelgan de las cimas...

Era Beyer un espíritu delicadísimo. El día de difuntos último salimos de su villa bien temprano y tomamos por la Emserstrasse hacia la Walkmühlstrasse y la Schützenstrasse, hasta que llegamos á la altura de la Platterchaussée: á medida que avanzábamos aumentaba la concurrencia, encaminándose en la misma dirección; á poco era ya una masa compacta de gente, ataviada de colores obscuros, llevan-

do coronas, con aspecto reposado y triste; cuando llegamos á las puertas del nuevo cementerio, situado en una altura admirable, era difícil dar un paso, tal era el gentío... Beyer me condujo conmovido por las diversas avenidas del magnífico enterratorio, haciéndome conocer los monumentos del antiguo director Heyl, y de las familias Schuckert y Knoop; la muy hermosa obra de arte, debida al escultor Schilling, en el sepulcro del conde Adelmann, y esa emocionante «Resignación», con que el escultor Uphues ha simbolizado el dolor de la familia Peiper... Aquel cementerio es uno de los más estupendos que conozco, por su situación y sus monumentos; pero, visitarlo cabalmente en el día de difuntos, era un espectáculo singular porque la muchedumbre silenciosa y triste, que llenaba sus avenidas, producía una impresión profunda: cerrando los ojos, se diría que no había un alma; abriéndolos, no se explicaba uno cómo el dolor y el recuerdo podían hacer enmudecer tan significativamente á tanta gente. Nuestro amigo parecía presa de extraordinaria emoción, como si tuviera el vago presentimiento de que pronto vendría á holgarse con los que allí yacían!

De una cultura exquisita y de gustos artísticos refinados, era Breyer infaltable allí donde había algo que aplaudir ó que juzgar; los conciertos sinfónicos, dóciles á la magistral batuta de Ugo Afferni, le contaban entre sus más asíduos concurrentes, y la soberbia sala de la Opera le veía cuando se representaban ciertas joyas por él íntimamente apreciadas, como el *Oberon* de Weber, ó el *Fidelio* de Beethoven, sin que por eso dejara de concurrir á estrenos como la *Barbarina* de Neitzel ó cantar la gala de la *Undine* de Lortzing. Era realmente coger la flor del placer oirle analizar críticamente las bellezas musicales; cierta tarde, en el Paulinenscloss, el rondó de Mendelssohn en es-moll le arrancó comentarios ingeniosísimos, no dejándole resquicios de luz; por manera que estábamos como absortos y embelesados los tres ó cuatro amigos que con recogimiento habíamos oído la admirable ejecución de aquella orquesta celebrada. Y otras veces, en los entreactos de la Opera, al pasearnos por el deslumbrador foyer,—en el cual los arquitectos Fellner y Helmer han derrochado su inventiva, convirtiendo el pintor Kögler, á su vez, al cielo raso en una maravilla de arte,—nuestro amigo difícilmente resistía á la tentación de criticar, subrayándolas, las bellezas oídas en el acto anterior, malgrado que el desfile de damas elegantísimas le seducía á ojos vistas y en más de una ocasión ha preferido un rato de conversación mundana, madrugando á decir

lo que había soñado con la interesantísima baronesa de Zedlitz ó cualquier otra linajuda señora, á la más animada disquisición musical sobre la ópera que oíamos. Porque ese era otro rasgo típico de la personalidad del consejero Beyer: caballero chapado á la antigua, era de una exquisita galantería con las damas, que se le antojaban ser todas amigas de mirar y de ser vistas, gustando servirlas ó regalarlas con esos legendarios melindres de «ancien régime», cuyo secreto parecen haber perdido las nuevas generaciones.

Aquel apreciado amigo era, pues, un hombre cuasi perfecto. Sin duda se le leía el corazón, más aristócrata que demócrata; quizá podría decirse que era más conservador que radical; pero la política no le hizo perder su quietud y paz interior, á pesar de que con mucha gracia refería los incidentes de la campaña electoral en la cual había sacado á plaza su candidatura para el parlamento, sin lograr el apetecido triunfo, si bien ello le obligó á ocuparse de cuestiones tan prosaicas como las que, con criterio de agrario rancio, acababa de exponer ante sus electores en su discurso de octubre 24 sobre la carestía de la carne... Pero esos ligeros prejuicios reaccionarios no dañaban el conjunto, antes bien dábanle mayor realce y cierto sabor picante: ni podía concebirse cómo aquel hombre simpático y afable, malgrado esa tendencia, pudiera tener siquiera adversarios, desde que parecía la personificación misma de la bondad y amabilidad.

Los viajes, su trato con hombres y libros, su larga vida, unidos á su natural talento, habían desarrollado en él una agudeza de buen tono, ática, siempre oportuna, finamente cortés, que revelaba los mil matices de su múltiple existencia, llena de anécdotas sobre toda clase de personajes. Pertenecía á esa categoría de hombres de mundo que es cada día más difícil encontrar, porque traía el perfume de otra época, más despreocupada, más galante, menos prosaica y menos solemne que la actual; el placer de vivir caracterizaba á los hombres de ese temple, que parecían acostumbrados á buscar siempre el buen lado de las cosas, orillando las dificultades y rehuyendo el colorido trágico. En todo parecían haber puesto mano y con igual aparente conocimiento de causa se expresaban sobre arduos asuntos de gobierno como sobre temas ligeros, cual espuma de champagne; todo parecían haberlo experimentado y haberlo visto todo, viniéndoles á cada instante la reminiscencia de tal ó cual aventura, en países más ó menos exóticos y en épocas más ó menos remotas. Gusto daba escuchar á nuestro amigo y casi se le envidiaban sus años, que le habían permitido

adueñarse de tan completa y variada experiencia de la vida: parecía tener la elegancia de otra generación y se expresaba como quien habla más con sus recuerdos que con sus oyentes; nada ignoraba, y acerca de todo emitía una opinión acertada. Real y verdaderamente era un hombre que había vivido y que sabía apreciar el justo valor de esta vida tan compleja.

Nadie habría sospechado su fin, entonces próximo; ejercitaba la caza como cosa muy saludable, y, en noviembre último, todavía le vi metamorfoseado en Nemrod empedernido, extrañándome sobre manera, á los pocos días, cuando los oficiales de la guarnición organizaron la tradicional cacería del zorro en el bosque del Taunus, no verle entre los «gentlemen riders» que mostraban su buena jineta, rivalizando con los uniformes. Acostumbraba yo casi á diario,—como usted recordará—recorrer los idílicos senderos de aquel bosque ó dirigirme á las bellísimas orillas del Rhin, á través de los vergeles de Biebrich, al trote de un alazán de sangre; me parecía siempre que, á cada vuelta del camino, debía aparecer nuestro amigo, cabalgando algún brioso corcel. Porque los años, como á Legouvé, le dejaron intactas sus aficiones sportivas y su vigor físico, de modo que era un encanto verle por doquier siempre dispuesto á la par de los más animosos: ¿quien hubiera dicho que, pocos meses después, aquel robusto anciano debía pagar inopinadamente su tributo á la muerte implacable? Tengo muy presente la broma que en su propia sala le daba el simpático químico Fresenius, diciendo gravemente que Beyer había sin duda encontrado en algún viejo mamotreto—el simil con Fausto se perfilaba vagamente en lontananza—el secreto de Juvencio, pues no conocía lo que era enfermedad, ni fatiga, ni decadencia, ni siquiera el natural efecto de los años; y nuestro amigo sonreía, como si estuviera también de ello convencido!

... Pero pido á usted disculpas, caro amigo: sin quererlo, me he dejado llevar de mis recuerdos. Desde el día en que conocí á Beyer, comprendí que no sería aquella una relación vulgar sino una amistad verdadera; le admiré y le amé: por eso su desaparición me deja un hondo vacío y llena mi alma de melancolía. Seguro estoy de que usted—cuyas excelsas cualidades de amigo me son tan conocidas,—ha de pagar á su memoria un tributo cariñoso, como aquel que tuvo por motivo y fin la sensible pérdida del poeta Scherenberg; no hará usted con eso sino corresponder con amor la cordial amistad que todos le profesan y que me he complacido en oir manifestar, durante mi última residencia en Alemania, á

todos los que, de cerca ó de lejos, se interesan por el movimiento intelectual germánico. Al mismo finado Beyer se lo oí en su villa, ponderando los méritos indudables de usted, pero añadiendo—á guisa de conmovedora y justiciera indicación—que la eficaz ayuda de la distinguida señora de usted, mi respetada amiga doña Luisa, había acrecentado evidentemente esa reputación, granjeándole innumerables simpatías y apartando no pocos obstáculos: observación del más alto interés para mí, porque—¿lo recuerda usted?—en nuestros largos paseos por las selvas de Karlsbad había sorprendido á usted, más de una vez, embelesado en la lectura de la diaria y afectuosa correspondencia de aquella, y cuando conocí á esta en la señorial mansión de la plaza Neumarkt, en esa legendaria Colonia, comprendí al punto que era su ninfa Egeria, la encarnación encantadora de ese íntimo consorcio intelectual, que todos hemos soñado sin poder, á las veces, verlo realizado: la colaboración de la esposa en la gloria del marido, en la preparación de sus trabajos y en la buena fama de los mismos. Por eso, así lo manifesté en el aludido brindis de la sociedad literaria...

Y, al revelarle á usted ahora el génesis de aquellas palabras, ligando á ellas la memoria de nuestro llorado amigo, séame permitido repetirle lo que usted ciertamente no ignora porque me fué dado comprobar más de una vez: Beyer amaba á usted con amor del alma, le estimaba sinceramente, le quería, era su amigo hasta las aras... Pérdida semejante jamás se lamenta lo bastante, porque amigos de ese jaez no los hay por esas calles á montones, sobre todo cuando, al mismo tiempo, son intelectuales de fuste como aquel, poeta, novelista y crítico, ante cuya obra considerable hay que inclinarse con respeto.

Le quiere á usted y á los suyos—ojalá no me olviden ni mi señora doña Luisa ni la señora Goldman—con afecto hondo y sincero.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires, julio 10 de 1906.

"EL CANTO DE LAS HORAS"

Con la conjura del silencio, la que más ennoblece á quien la provoca y la que más envilece á quienes la usan, ha sido recibida por los pseudo intelectuales de Costa Rica una obra de arte verdadero que por mil razones debía de ser tratada de otra manera: me refiero á *El Canto de las Horas*, ensayo de estética muy profunda que pone de relieve la gran facilidad con que su autor maneja el castellano y las muchas bellas ideas que posee con respecto á lo que es y á lo que debe ser el arte.

Roberto Menes Bresén, como intelectual merece uno de los primeros puestos entre los pocos jóvenes que, actualmente en Costa Rica, dedican sus energías al cultivo de las artes en general y de las letras en particular. Su manera de razonar las cosas —aún cuando esas cosas impliquen ideas que no dividimos— hace agradable la lectura de sus escritos en los cuales la frase aparece completamente redondeada, sin necesidad de ser pulida más; tal es el cuidado que Brenes Mesén pone al expresar sus ideas que al leerlo parece estar leyendo algo de poema en prosa que lleva en sí mucha armonía y mucha sinceridad.

El Canto de las Horas es un estudio de interpretación del arte y de sus diversas manifestaciones; el amor de creación, el poder de la obra de arte, el poder creador del pensamiento, el alma de las cosas, la castidad en el arte, la inspiración, la ley de obediencia al maestro, son tópicos á los cuales en ese libro corresponden desarrollos bien razonados y bien modelados. Aquellas frases son frases de artista que defiende lo que es su ideal de belleza con toda la firmeza de una creencia segura y completa.

En el primero de los estudios que forman *El Canto de las Horas*, Brenes Mesen habla del éxito y de la gloria que se traducen actualmente en el afán de aplausos á que se ha acostumbrado la mediocridad reinante en estos países de

tan poca cultura artística, en donde se trabaja por ser popular sin preocuparse para nada de lo que vendrá, de aquel porvenir encantador en cuyas horas desearíamos oir pronunciados nuestros nombres como se pronuncian hoy los de aquellos artistas quienes crearon verdaderas obras de arte.

Ese amor á la gloria de parroquia es el que ha echado á perder á muchos de nuestros mejores escritores, quienes se han dedicado á producir siguiendo los gustos del consumidor, á hacer de bufones mientras el público, el soberano, les arroja las mijagas de su mesa, eso que con tanto orgullo ellos llaman popularidad.

La gloria repentina no puede producir obras de arte: es debido á eso, por lo que en América aún no poseemos una obra que merezca con justicia ese nombre; casi todos nuestros literatos escriben siguiendo en sus evoluciones artísticas las evoluciones nada artísticas de los pueblos para quienes producen; muy pocos de entre los intelectuales de Hispano-América logran salvarse de esa crítica que con razón nos mueven los europeos cuando se dignan ocuparse de nosotros.

Debemos trabajar para el porvenir, para ser inmortales, haciendo que esa inmortalidad la vayamos fabricando nosotros mismos sin temor á las indiferencias de los hombres con quienes nuestra suerte ó nuestra desgracia nos hace vivir, sin desmayar nunca en el camino emprendido hacia el ideal, sea el que sea, porque, aunque en apariencia los ideales son muchos, en realidad no forman sino un único ideal, el ideal que tiende á la magnificación humana á la cual se puede llegar, con fe y con esfuerzo, por muy diversos senderos.

Lo que pasa con esos ideales es que hay que servirlos con amor hacia ellos y con respeto hacia los que parecen ideales contrarios á los nuestros. La tolerancia es sin duda alguna el atributo del verdadero artista enamorado del ideal; los intolerantes no son artistas, son falsarios del ideal cuyo fanatismo —rojo ó negro, lo del color es accesorio— implica desconfianza en la propia idealidad ó en la fe con que sirven esa idealidad. El artista verdadero es tolerante porque no piensa en las batallas de hoy, porque para él, son ruído de tormenta que sólo asusta á las mujeres y á los niños, el aplauso ó la crítica de sus contemporáneos. Su mirada está puesta en el porvenir y allá, de seguro, no habrá divisiones de intereses tan profundas como las hay en nuestros días; así como hoy al admirar á Dante nos pare-

ce imposible que en el mismo seno de una misma ciudad, Florencia, hubiera dos partidos que se odiaran á muerte, güelfos y gibelinos, así más allá de nuestra vida, á nuestros verdaderos críticos les parecerá imposible que existieran en una misma tierra partidos más grandes los cuales, enarbolando banderas de colores vistosos, llegaran á despreciarse hasta el punto de mirar con completa indiferencia una obra que del arte presentaba todos los aspectos, cuando esa obra era hija de un cerebro que rendía pleito-homenaje á ideas que no eran las de todos.

Esa intolerancia obedece al defecto apuntado por Brenes Mesén en su segundo estudio, es la emanación directa del narcisismo: «enfermiza contemplación de sí en el elogio, en el aplauso enguantado de blanco». Como quieren adorarse y adorar las propias ideas no ven ó no quieren ver á los demás, quienes, al pasar, dejan una estela de arte que no siendo egoísta es arte verdadero.

La obra de arte engendra la obra de arte, dice más adelante el autor al tratar del poder de las cosas artísticas. Los que llevan en su mente algo que de verdad vive, al admirar un cuadro hermoso, al oir una melodía delicada ó una estancia sonora, al apreciar las curvas sugestivas de un grupo escultórico, al ver la belleza de un edificio suntuoso, sienten dentro de sí un ansia de creación que no se declara satisfecha sino cuando ha producido lo que de es dado producir: una poesía, una estatua, una miniatura, una sonata ó un capitel caprichoso como los que coronan las columnas de San Vidal en Ravena.

La frase *anch'io son pittóre* es de una sinceridad grandísima; ante las obras de arte de los demás quien es artista se siente saturado de entusiasmos creadores que no saben apreciar quienes llevan ya mutilada por la envidia el ansia de producir.

Así como ante un arpa que hacemos vibrar, las otras que le están cerca vibran también como obedeciendo á una simpatía sonora, así ante un cerebro que vibra dando á conocer lo que es capaz de engendrar, nuestros cerebros, cuando no están atrofiados, se sienten movidos por una fuerza irresistible que los impulsa á no ser infecundos y á dar á la humanidad lo que están obligados á producir.

El autor no es de los fracasados que desprecian la crítica; para él la crítica es creación cuando interpreta y cuando comenta. La crítica, aún cuando hace su aparición muy tarde en el desenvolvimiento del arte en una nación, es uno de los más elevados géneros, pues ella lleva hacia quie-

nes las desconocen, las bellezas que posee una obra maestra, poniendo en buena luz esas bellezas para que sean admiradas de la misma manera que un pintor coloca su cuadro á determinada altura, en determinadas condiciones ópticas y, á veces, eligiendo los cuadros que deben estarle cerca, todo para que de su obra irradie la completa belleza que él derramó al concebirla.

Hay hombres—y de ellos hay muchos en nuestra América bienamada—cuyas palabras no llevan el sello del pensamiento que las hizo surgir. Son papagayos que en el reducido círculo de la existencia política, literaria y social de estos países van repitiendo eternamente la eterna palabrería que les malenseñó un demagogo cualquiera sin ideales ó un literato sin lastre artístico. Esa tendencia á hablar mucho sin decir nada es la que ha corrompido nuestra vida, la que nos ha convertido de jóvenes entusiastas que éramos en mujerzuelas coquetas las cuales no aspiran sino á ser elogiadas á cada instante y por cualquier razón. Esas personas que no saben meditar son las que, á fuerza de lisonjas, nos han hecho creer que hemos llegado adonde no se puede llegar sino con el empuje maravilloso de los pueblos verdaderamente sanos; son ellas las culpables de nuestro ensimismamiento por medio del cual hemos podido convencernos de que somos la América encantada, la tierra de las libertades, el suelo donde radica todo bien humano; sin que nos detengamos un instante, un instante no más, á meditar en un porvenir sombrío cuyas nubes precursoras ya se alzan amenazantes en el horizonte de algunas repúblicas hermanas.

Si pensáramos, si construyéramos ese castillo interior que todos podemos poseer, muy distinto sería nuestro destino, mucho más satisfactoria sería la vida en estos países á los cuales la naturaleza no ha negado ninguno de sus dones. Y el libro de Brenes Mesén enseña á pensar, induce á considerar muchas de las cosas que para la mayoría son accesorias, atrae la atención hacia el arte, saturándonos el alma de desprecio para todo lo que es engendrado sin amor, para todo lo que nace amparado en la bufonería y en el mercantilismo.

Al leer aquellas páginas escritas en un estilo elegante, á su autor, sea quien sea, piense como piense, pertenezca á una ú otra de las divisiones en que la humanidad ha querido clasificarse, hay que saludarlo como se saluda á un verdadero artista cuya obra señala el primer paso dado en Costa Rica hacia la literatura ensayista, deliciosa litera-

tura que piensa armoniosamente en estrofas sin rima, que con tanto amor cultivaron Emerson y Carlyle y á la cual, en estos últimos años, han dado mucha importancia en nuestra América, Manuel González Prada, Francisco García Calderón, Manuel Díaz Rodríguez, Carlos Reyles y Pedro Henríquez Ureña.

José Fabio Garnier.

Costa Rica, Julio de 1911.

FUEGO FATUO

DRAMA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE GARCIA VELLOSO

PERSONAJES:

Eloísa	Lucero
Gloria	Argüello
Juana	Alvaro
Perosca	Félix
La Chena	Anselmo

Esta obra fué premiada en el concurso dramático de 1906, realizado en el teatro Nacional.

ACTO ÙNICO

El taller de Lucero en una casa de construcción antigua. La habitación es amplia y alegre. En las paredes cuelgan desordenadamente, tapices, cuadros y bocetos. A la derecha dos caballetes con telas comenzadas. Sillas, banquetas, un sofá. Puerta al foro izquierda, que comunica con el jardín. A través de la ventana del foro derecha, se verán la reja y la calle. Puerta en el lateral izquierda. Una mesa; una alacena arrimada al lateral derecha, con platos y copas. Una lámpara de petróleo. La mesa tendida para comer. Una "chaisse longue"; algunas pieles y retazos de alfombra. Una chimenea encendida. Mes de Julio.

ESCENA I

ELOISA, LUCERO

Lucero:—(*Levantándose de la mesa y quitándose violentamente la servilleta, vá hacia Eloísa que se halla sentada en la "chaisse longue", llorando.*) ¡Sí! ¡Ese es tu afán, multiplicarme los obstáculos! Amargarme todos los instantes de la vida... ¡Ahora lloras!

Eloisa:—(*también amenazante*) ¡Infame! No lloro por tus insultos, sino por mi falta de voluntad para concluir con esta farsa inícua que nos estamos haciendo. Todo tiene su término. Así, como así, nuestra unión iba prolongándose demasiado.

Lucero:—Tú lo has dicho! Sé fuerte una vez para el bien. Vete. Déjame...

Eloisa:—Sí... me iré. No necesitas repetírmelo. Sé que lo deseas... que estás harto...

Lucero:—Tanto como tú de mi.

Eloisa:—¡Oh! no lo sabes tu bien. Desagradecido! Por-

que me he resignado á esta vida inferior á mis costumbres, á mis vanidades, te crees que soy una pobre desgraciada... Te equivocas. Tengo mi juventud que ha de volver á ser fuerte, para cobrarse á buen precio todo lo que he sufrido desde el maldito día que te conocí.

Lucero:—¡Basta! ¡Basta! Terminemos de una vez. Yo no soy prisionero de amores rebeldes. Vete cuando gustes, que nada, ni nadie te detiene.

Eloisa:—No me decías eso, cuando te hacía la caridad de recibirte en *mi casa*, que ya no la tengo por culpa tuya...

Lucero:—Bien claramente hablamos antes que lo echases todo á rodar.

Eloisa:—¡Qué sabe de claridades un alma apasionada! Ahora abusas de mí; ahora que lo he perdido todo, *mi casa*, mis amigos...

Lucero:—Valientes amitades falsificadas por el deseo, por la vanidad ó el capricho.

Eloisa:—No sé qué es preferible, si aquella mentira dorada, ó esta verdad viciosa que nos amarga...

Lucero:—Que nos envenena... que nos concluye...

Eloisa:—Que hace odiarnos.

Lucero:—¡Sí! odiarnos!

Eloisa:—No olvides lo que dices.

Lucero:—Déjate de amenazas. Habla menos, insulta menos y haz más.

Eloisa:—¿Estás tan apurado para que me marche?

Lucero:—*(despreciativamente)* ¡Eh!... si estoy convencido que no te vas á ir...

Eloisa:—¿Quién va á detenerme?

Lucero:—Tú misma.

Eloisa:—*(enfurecida)* Yo misma! Si creerás que me estoy muriendo por tí. Pues va á ser antes de lo que tú te imaginas. Así... conforme estoy. *(resuelta)*.

Lucero:—Haces bien, pues mientras te cambias el vestido podrías arrepentirte...

Eloisa:—Me refugiaré donde voy á olvidarte. Harás el favor de mandarme mañana mis trapos.

Lucero:—¿A dónde? *(indiferente)*.

Eloisa:—A lo de Leonor.

Lucero:—*(estallando)* No! Tú no irás á lo de Leonor.

Eloisa:—¿Y á dónde quieres que vaya? ¿A un hotel? ¡Claro!... Me llevo una cartera con mucho dinero y puedo permitirme el lujo de alquilar un departamento. Y sobre todo, ¿á tí qué te importa de mí?

Lucero:—Lo dices por atormentarme; por que sabes

que sólo ese nombre me... ¡es tu recurso maldito! *(abrumado, cae sobre la chaise longue).*

Eloisa:—Después dirás, que yo misma soy la que me detengo... Si no te importa nada de mí; si todo ha terminado ¿porqué no quieres que vaya á lo de Leonor? Allí me conociste.

Lucero:—Allí te conocí... *(avanzando agresivo)* Allí te conocí... y por eso quise salvarte.

Eloisa:—¿Salvarme de qué?

Lucero:—De tu desorden... ¡Imbécil! ¡querer poner puertas al mar!

Eloisa:—Vuelves á insultarme? ¿A echarme en cara mi pasado? ¿A gozarte en mi desventura? ¡Ah! ¡Maldita vida! *(con gesto desesperado).*

Lucero:—¡Cierto! *(paseándose)* Maldita vida la nuestra... nada más que la nuestra...! *(pausa)*

Eloisa:—*(sollozando)* Qué sola estoy! Sin nadie... ¡nadie! á quien contar una pena... ¡nadie! ¡nadie!... *(sigue llorando).*

Lucero:—*(Profundamente emocionado)* Eloisa... Eloisa... *(acercándose á la chaisse longue).*

Eloisa:—*(Sin levantar la cabeza)* ¡Déjame!

Lucero:—No llores... no puedo oirte llorar... no ahondes más nuestra herida... calla... calla. *(Casi cariñoso).*

Eloisa:—*(irguiéndose altiva)* ¡Déjame! No te acerques! ... no mientas, no me tengas lástima... no quiero lástima de nadie. Necesito cariño. ¡Adios! *(resuelta).*

Lucero:—No... así no puedo consentir que te marches...

Eloisa:—Tu presencia me hace daño... por caridad, sepárate... déjame!

Lucero:—Me iré yo entonces. Esta es tu casa. *(Pausa larga. Eloísa sigue en la chaisse longue; Lucero, coje el sobretodo que lo tiene sobre una banqueta y busca su sombrero inconscientemente. Cuando lo ha encontrado se enfunda el gabán, se cala el chambergo y se acerca á Eloísa, como para despedirse.)*

Eloisa:—*(vacilante)* Y... tú... ¿dónde vas á pasar la noche?

Lucero:—No te preocupes de mí... por ahí... en un café...

Eloisa:—Sí... con los amigotes de siempre, con los que me odian y te aconsejan diciéndote que soy un obstáculo para tus éxitos de artista...

Lucero:—¡Vuelta á lo mismo! Ea... abur...

Eloisa: — *(Cerrándole el paso).* No... no te has

de ir... Es lo que tú querías... y por eso has preparado este disgusto... para irte de francachela, á emborracharte, á pasar la noche en algún bodegón inmundo, con mujeres fáciles... no, no te has de marchar... *(Cogiéndolo por las solapas del gabán).*

Lucero:—Bueno... ¡bueno! ¡Basta! No tengo ningún interés en salir. *Eloísa queda como guardando la puerta y se sienta luego en la silla más próxima. Lucero, se saca tranquilamente el sobretodo y el chambergo, se sienta en la chaisse-longue y enciende un cigarrillo.*)

Eloisa:—(*Se acerca poco á poco á Lucero y cae desfallecciente, de rodillas á sus pies, en un sollozo conmovedor.*)

Lucero:—¡Eloisa...! ¡Eloisa!

Eloisa:—¿Por qué... por qué te quiero?

Lucero:—Calma, Eloisa... no llores... ¿No ves que te matas... que me complicas la vida inútilmente? ¿qué me torturas... ¿Para qué? ¡Para esto! Para el perdón mútuo de nuestras ofensas, de nuestros insultos...:. calla, calla... *(sentándola en el sofá).*

Eloisa:—¡Qué locos somos! Insultarnos cuando... Di que me quieres, como á nadie... que no has querido nunca, nunca, á ninguna mujer como á mí...

Lucero:—Calla... calla...

Eloisa:—Yo seré muy buena... te dejaré trabajar...

Lucero:—Mañana volveremos á las mismas, ¡mañana y siempre!

Eloisa:—Te juro que no. Verás... Seamos felices. Tu ya sabes qué es lo que á mí me saca de quicio... Siquieres sentirme feliz, que no vuelva á pisar esta casa la manca.

Lucero:—¿No ves? Vamos á empezar con lo mismo.

Eloisa:—*(Separándose de la chaisse-longue)* La odio tanto como tú la quieres.

Lucero:—Es injusto ese odio.

Eloisa:—Tú amas á esa mujer, sí... tú la amas!

Lucero:—No sé cómo decirte que no, ¡mil veces no!

Eloisa:—Prescindiendo de ella.

Lucero:—No puedo... Y aunque pudiera, no habría de echarla de esta casa, precísamente para no ser cómplice de tu locura, de tu obsesión...

Eloisa:—¡Obsesión tuya! Esa mujer te domina; la llevas en tu mente y en tu corazón; sigue á tus obras como la sombra al cuerpo. En todos tus cuadros, surge esa cara maldita que me persigue como un odio... *(pausa).*

Lucero:—Hay entre esa pobre manca y mi obra, un lazo espiritual extraño y misterioso... No soy yo el que ejecuta,

si no el que concibe; mi imaginación inventa formas y espíritus y es ella la que hace. Soy el brazo que le falta.

Eloisa:—¡Lo sé de memoria!

Lucero:—Pero no lo comprendes... no lo comprenderás nunca, para desgracia tuya y para martirio mío... Eres demasiado natural... demasiado poco artista... Tu naturaleza hecha de amor y de odio, sólo vé y sólo siente la vida que entra por los ojos de carne y que amotina los nervios y exacerba el corazón. No concibes la vida del espíritu, el amor de los espíritus, honestamente sublimes y desinteresados porque no tienen sexo.

Eloisa:—Pobre soñador...

Lucero:—Benditos sean los sueños míos que me remontan á ese mundo de idealidades, á dónde tú no puedes remontarte, porque careces de alas.

Eloisa:—Infeliz... Soy la realidad y la realidad no se remonta; anda á ras de tierra.

Lucero:—Maldita tu realidad, que cree, que mi arte, lo que llevo en mi alma, es sólo un medio de subsistencia y no un fin; el fin de sobrevivir con la obra á mi paso por la vida. Cuando termino un cuadro, sólo se te ocurre preguntar, cuánto irán á pagarme, como si se pudiera pagar con nada, un pedazo de nuestra alma, un girón de nuestro espíritu entregado á la gloria, para que la gloria lo devore, lo anule, lo borre, ó para que lo cobije, lo ame, lo proteja, lo acaricie á través del tiempo...! *(sentándose).*

Eloisa:—¡Cómo sufre tu vanidad de artista, porque no sé acompañarte en tus delirios... Estás ciego... *(acercándosele).* No ves, con estos ojos de carne que yo veo. ¡Cuántas veces habrías caído en el abismo, si yo no hubiera sido tu lazarillo! Maldices mi amor porque no te ofrece más que amor. Le bendecirías, si llevase consigo admiración por lo que concibes, por lo que pintas. Anhelas que ame más á tu obra que á tí mismo...

Lucero:—Anhelo que creas en mí. Y tú no crees...

Elvira:—¿Y para qué quieres que crea en tí, una mujer tan inferior? Cierto; no creo cuando pasas los días y los días, torturándote frente al lienzo, apretando febriciente la paleta, envenenándote con el pincel que llevas á tus labios, para después de mucho raspar y de mucho corregir, borrarlo todo y tirar el lienzo con rabia de vencido. Tu imaginación es más grande que los medios con que la naturaleza te dotó para exteriorizar lo que imaginas. Sueñas con ser ciclón que va á derribar todo lo viejo, todo lo que tú llamas caduco y apenas eres mezquina racha de viento que sin conmover al árbol le lleva sólo sus hojas secas...

Lucero:—*(Estallando)* ¡Calla, porque soy capaz!...

Eloisa:—¿De qué? ¡Atrévete!

Lucero:—¡Eh...! *(despreciativamente; vuelve á sentarse).*

Eloisa:—La manca no te dice estas verdades. Te proclama genio. Se extremece de admiración ante tus telas que nadie compra. En cambio, yo, ¡pobre burguesa!, sólo me entusiasmo cuando pintas platos y tablitas que llevo al remate y nos ayudan á pagar lo que comemos... ¡Qué materialista!, ¿verdad? Ya ves... Esos seis medallones que has hecho de prisa y corriendo para el *Hall* del palacio de Vergara, no llevan tu nombre y te los pagan espléndidamente. Para mí, es lo más artístico que has hecho. Merced á esas seis caras vas á pagar á los acreedores que nos abruman con sus cuentas. Traen esas telas que tú desprecias, la tranquilidad á este taller... ¿Porqué entonces, les mezquinas tu firma?

Lucero:—Oh...! Obras subalternas... hechas de encargo. No son mías. Son de mis necesidades.

Eloisa:—Porque son hijas de tus necesidades, yo te serví de modelo. En cambio, ese otro medallón será sublime, porque copia la cara de la manca. ¿Me imagino que tampoco le pondrás la firma?

Lucero:—Ese es un trabajo intenso, fuerte, que no se confundirá en la inclusa de las producciones anónimas. Es hijo de mi espíritu: lo firmaré y lo expondré en la Colmena Artística.

Eloisa:—¡Entonces sí, que habremos terminado de verdad!

Lucero:—Puedes hacer desde ya lo que quieras.

Eloisa:—¡Sea! Atrévete... Firmalo ahora mismo. Veremos quien vence.

Lucero:—Esta vez no será el capricho.

Eloisa:—Pero sí, mi vanidad... Anda... Atrevete,,,, firmalo...

Lucero:— (*Yendo hacia el cuadro*)

Eloisa:—¡No!

Lucero:—¡Sal!

Eloisa:—¡No!

Lucero:—Sí...!!

Lucero:—¡Oh... canalla... ¡infame...! (*Se trenzan en una lucha desesperada; Lucero va á ahogarla*).

Eloisa:—*(en el suelo)* Asesino... Asesino... *(con voz ahogada).*

ESCENA II

Dichos y Juana

Juana:—*(Por izquierda)* ¡Oh...! no...! no... *(separándolo violentamente).*

Lucero:—*(jadeante)* Infame... *(mirando el cuadro).* No ... quiero verte más... nunca más.., *(cogiendo su sombrero)* nunca... nunca... *(vase rápidamente por el foro).*

Juana:—Señor... Señor...! *(yendo trás él).*

Eloisa:—Déjalo... no le llames... déjalo.., *(cae en la silla).*

Juana:—Señora...

Eloisa:—Sí... sí.... nunca más.. *(jadeante)* Dame agua ... *(Juana le alcanza una copa de la mesa).* ¡Ay! Toma... *(le devuelve la copa).*

Juana:—¿Pero porqué ha sido?

Eloisa:—No preguntes... déjame... *(levantándose).*

Juana:—Siempre aguardan ustedes á la hora de comer para reñir... Y total... para hacer las paces luego.

Eloisa:—Hoy te aseguro que no. Alcánzame el abrigo y el sombrero...

Juana:—No salga, señora... Acuéstese.

Eloisa:—Haz lo que te he dicho. (*Vase Juana por izquierda. Entre tanto, Eloisa se arregla el cabello; se repone un tanto de su nerviosidad, recoje la tela pintada y la mira*). ¡Sus ojos...!

Juana:—*(saliendo)* ¿La señora querrá que la acompañe?

Eloisa:—No. *(poniéndose el abrigo y el sombrero).*

Juana:—Y si el señor vuelve, ¿qué le digo?

Eloisa:—Nada...

Juana:—¿Aguardaré á usted levantada?

Eloisa:—No.

Juana:—Entonces voy á darle la llave.

Eloisa:—No me hace falta. Mañana buscaré la manera de que sepas dónde estoy. Adiós.

Juana:—No haga locuras, señora, quédese... Si no es la primera vez que ustedes riñen...

Eloisa:—Adiós... Adiós...

Juana:—Escuche, señora... (*suena la campanilla de la puerta de calle*).

ESCENA III

DICHOS Y FÉLIX

Eloisa:—*(deteniéndose)* ¿Quién será? Dí que no hay nadie. *(Sale Juana al jardín y se ve á Félix detrás de la reja)*

Juana:—Es el señor Félix. Dice que quiere dejarle dos letras al señor.

Eloisa:—El antipático. Hazle pasar.

Juana:—Escóndase. Le he dicho que la señora no estaba.

Eloisa:—Qué te importa. Ahora me oirá.

Juana:—Vaya un papelón... *(vase por el foro).*

Félix:—*(Entrando sin reparar en Eloísa. Viene con el cuello del gabán subido y con guantes)* Aquí se está muy bien. Afuera hace un frío... *(se dirige á la mesa para escribir. Se saca los guantes, pero se deja el sombrero puesto).* ¿Y usted no sabe adónde han ido? *(Juana interroga con la mirada á Eloísa y ésta le hace señas de que se marche.)*

Juana:—*(Se vá por izquierda).*

Félix:—*(Escribe).* ¿Dónde guardan los sobres?

Eloisa:—En el cajón de la derecha.

Féliz:—*(Incorporándose y sacándose el sombrero).* Oh... ¿cómo? ¿usted? Si la muchacha me ha dicho...

Eloisa:—Cumplió mis órdenes.

Félix:—Disculpe usted si la he contrariado, pero tenía imprescindible necesidad de comunicar algo importante á Lucero. ¿Tardará mucho?

Eloisa:—No sé.

Félix:—Por lo visto usted se disponía á salir.

Eloisa:—Cierto.

Félix:—Por mí no se detenga. ¿Irá usted seguramente á buscar á Lucero?

Eloisa:—No.

Félix:—Lo dice usted de un modo... *(incorporándose y avanzando).* ¿Qué?... Ha habido tormenta? Son ustedes incorregibles.

Eloisa:—Efectivamente, incorregibles hasta hoy. Sabrá usted... y lo sabrá con regocijo, que por fin ha terminado todo. Ganó usted la batalla. Hemos peleado por última vez.

Félix:—¡Oh! las peleas de ustedes siempre son penúltimas.

Eloisa:—Le juro que hoy se equivoca.

Félix:—Si es así, ¿para qué negarlo? me alegro por usted y por Lucero.

Eloisa:—Tiene usted la franqueza de sus maldades.

Félix:—¡Maldades! Entre todos los que vienen á esta casa, nadie, sépalo usted, nadie, la estima tanto como yo. Y espero que usted, en día más ó menos lejano, así lo reconozca.

Eloisa:—¡Eh...!

Félix:—Sí... sí... quizá cuando no sepa usted ni donde estoy... ¡cómo se reirá de todo esto! De sus celos, de sus intransigencias, de mis cuadros, de los versos de Alvaro, de los modelos mugrientos que busca Anselmo, de toda la tragicomedia que ha visto y que ha representado en este «taller» de castillos en el aire... Márchese pronto, sin vacilar... Se salva usted y salva á Lucero... Un sentimentalismo ridículo, porque es postizo sin que se dé usted cuenta le hace mirar con pavor el porvenir... Cuando sea usted crítica de sus propias ridiculeces amatorias, se reirá estrepitosamente de este pasado de bohemia sentimental que sólo deja en el recuerdo un epigrama.

Eloisa:—Cómo se conoce que usted no ha querido nunca.

Félix:—Eloisa... por Dios... Me hace usted el efecto de esos que inventan religiones y creen en ellas... Ni usted quiere á Lucero, ni Lucero la quiere á usted. Han prolongado su *coliage*, unas veces por vanidad, otras por llevar la contra á la sensatez y casi siempre por falta de energía. Usted mejor que nadie sabe, que la pobre voluntad de Lucero, nació con las alas rotas. Dé usted el ejemplo. Extienda sus alas; ¡vuele! La jaula está abierta. Escápese antes que la debilidad la cierre.

Eloisa:—Sí, me iré, aunque deje aquí mi vida.

Félix:—¡Su vida! ¡Cuántas veces habrá usted dicho lo mismo y cuántas lo repetirá.

Eloisa:—Se equivoca, Félix, jamás he sentido un vacío tan grande á mi alrededor. No tengo fuerzas para nada. Quisiera vengarme en usted, de todos los que vienen á esta casa. Y no puedo... no puedo... *(llora)*. Ustedes tienen la culpa...

Félix:—Acepto mi culpabilidad con verdadera satisfacción. Y sólo siento que usted se de cuenta de mi alegría. Es usted capaz de pedir perdón á Lucero y perdonarle, tan sólo por llevarnos la contraria, á quienes nos interesamos por la felicidad de Vdes... *(Suena la campanilla de la calle)*.

Eloisa:—*(después de una pausa)*. ¿Quién llamará?

Félix:—Seguramente Argüello.

Eloisa:—¿Argüello? Pero cuándo ha llegado de Europa?

Félix:—Esta mañana.

Eloisa:—¡Qué me dice!... Lucero no sabía nada.

ESCENA IV

DICHOS Y JUANA POR LA IZQUIERDA

Juana:—¿Hago pasar á quién sea?

Eloisa:—Sí. *(desaparece Juana por el foro).* ¿Y qué cuenta Argüello?

Félix:—Apenas cruzamos dos palabras. Me dijo que esta noche nos veríamos aquí. Ya sabe usted, cuánto quiere á Lucero.

Juana:—*(volviendo)* Es el señor que me pide el sobretodo.

Eloisa:—Me alegro que esté usted presente para que luego no diga que soy yo la que lo busca.

Félix:—Viene á buscar el sobretodo; no á usted.

Eloisa:—No sea usted ingénuo... ¿Ha preguntado por mí?

Juana:—No señora.

Eloisa.—Es ridículo que hagamos esto, ¿verdad Félix? Dígale usted que entre á buscar lo que desea. Yo no quiero verle. Como supongo que ustedes se marcharán y ya no nos veremos, adios.

Félix:—Adiós. *(Le da la mano).*

Juana:—¿Y si el señor insiste en que yo...?

Eloisa:—No insistirá... Vaya usted. *(vase Juana por el foro).*

Félix:—Yo no quisiera que mi presencia retardase una reconciliación deseada por usted y buscada por Lucero...

Eloisa:—Esté usted tranquilo. Esto ha terminado. Adios. Usted se lo lleva y enseguida me marcho yo. *(vase por izquierda).*

ESCENA V

JUANA, FÉLIX Y LUCERO

Lucero:—*(En el jardín).* Es usted una imbécil. Le dije que el sobretodo estaba en el sofá... *(entrando).* Hola Félix... No me habían dicho que tú... *(vase Juana por izquierda).*

Félix:—Sí... vine hace un rato... Ya me iba. Me alegro verte. Aquí te dejaba una carta. ¿Por qué no fuistes hoy á lo de Vergara? Te estuvo esperando.

Lucero:—¿Para qué?

Félix:—Para pagarte.

Lucero:—No corre apuro.

Félix:—Toma. *(le da el sobre).*

Lucero:—¿Qué es esto?

Félix:—El cheque de Vergara.

Lucero:—Déjalo por ahí...

Félix:—Phis... ¡Déjalo por ahí! Vaya un desprecio que haces á mi actividad de cobrador. Creí que esto te alegraría. Ni que tuvieras en el Banco de Londres un millón á tu orden!

Lucero:—¿Y qué es eso? ¿Acaso esta suma me trae la libertad? ¿Acaso con este dinero voy á poderme dar el lujo de pintar como quiero, como siento mi arte, sin hacer concesiones á nada ni á nadie?

Félix:—Las concesiones que producen dinero, son los escalones que llevan al artista á una altura donde pueda imponerse. Imponer su manera, lo singular extraño ante la pluralidad del alma de todos. La cuestión es subir. Hacerse oir desde una torre, no de un sótano.

Lucero:—Nunca podremos entendernos.

Félix:—Desengañate Lucero. El arte debe ser burgués en los comienzos de un artista.

Lucero:—Envidio tu adaptabilidad. Pintas como quieren los demás que pintes, sabes colocarte á la altura de la mentalidad del que paga, con las mismas facilidades que la modista ó el sastre complacen á sus clientes. Al comerciante, podrá constarle que lo que vende es un adefesio, pero buen cuidado tendrá en llevarle la contra al comprador... ¡Imponer...! ¡Imponer una manera, una forma... he ahí mi ensueño!

Félix:—Eso que tú llamas mi adaptabilidad, me ha permitido reunir un poco de dinero, el suficiente para firmar mi triunfo definitivo, lejos del campo de guerrillas... He decidido esta tarde, marcharme á París; y allí, pacientemente, sin apresuramientos, haré *mi* obra. Reconcentraré mis fuerzas, mis ensueños, para dar la batalla definitiva; y allá... en lo alto de la montaña... ¿quién va á oir los ecos de las derrotas del llano? *(Pausa larga).*

Lucero:—¡París! Si yo pudiera!...

Félix:—Si no te vas es porque no te dá la gana. Tienes la ocasión. Con este dinero, pagas tus pequeñas deudas; yo le hablo á Vergara; te encarga un par de retratos de sus chicos; vendes cuanto boceto y obra mala ó buena tengas en los rincones del taller; cambalacheas estos trastos viejos y al vapor.

Lucero:—¿Sabes que es una gran idea?

Félix:—Con cinco ó seis mil francos que reunas, tienes para capear el temporal de los primeros meses. Nos establecemos en París y hacemos luego una escapada á Holanda, á Italia, luego á España... Mira, Argüello que ha llegado esta mañana, nos pondrá al corriente de todo.

Lucero:—¡Cómo!? ¿Argüello está aquí?

Félix:—Sí.

Lucero:—¿Contará maravillas? ¿Dónde vive? Vamos á buscarle... ¡Qué alegría!

Félix:—Apenas pudimos hablar. Subía á un automóvil cuando le vi. Nos dimos un abrazo y me citó aquí para las 9 de la noche.

Lucero:—¡Qué alegría! Debe haber trabajado muchísimo. ¡Y en que noche viene á verme! Sabrás que Eloisa...

Félix:—Sí... lo sé todo...

Lucero:—Es tan loca la pobre!

Félix:—¡La pobre! El pobre eres tú. Decídete de una vez. Me consta que ella está resuelta á la ruptura definitiva. Si ahora no te separas es porque eres un cobarde. Vámonos á París... Aléjate de todo lo que te rodea; resuélvete de una vez á no sufragar las borracheras de Anselmo y la holganza poética de Alvaro; sepárate de estos parásitos que me llaman avaro, porque no dejo el fruto de mi trabajo en las mesas de los estaminets, ni me esterilizo en una charla de café alegrada por groseras libaciones... ¡Avaro! ¡Avaro!

Lucero:—Piensas con un criterio de almacenero!

Félix:—Ese criterio gobierna hoy al mundo.

Lucero:—*(Después de una pausa).* Dices que á las nueve va á venir Argüello?

Félix:—Sí.

Lucero:—¿Tienes plata?

Félix:—Un poco... ¿Necesitas?

Lucero:—Hasta mañana que cambie esto... *(por el cheque).* Mirá, cambialo tú y adelantame ahora unos pesos. *(mirando el reloj)* Sí... tenemos tiempo. Tomaremos un coche.

Félix:—¿Para qué?

Lucero:—Quiero festejar la llegada de Argüello. Suprime los consejos... Olvidemos penas; demos tregua al ensueño. Tengo ganas de animalizarme... Beber mucho... ¡Lo sensible es que para realizarlo deba uno pintar lo que le gusta al señor Vergara. ¡Bestia! Anda, vamos. *(poniéndose el sobretodo)* ¡Juana! ¡Juana!

ESCENA VI

DICHOS Y JUANA

Juana:—*(por izquierda)*. ¿Señor?

Lucero:—Levante usted la mesa; ponga en orden todo para cuando volvamos. Si entretanto vienen á buscarme que espere quién sea... En marcha, Félix. *(Vanse y al llegar al zaguan, Juana llama á Lucero)*.

Juana:—Señor...

Lucero:—*(Volviendo)* ¿Qué hay?

Juana:—La señora...

Lucero:—¿Qué?

Juana:—Llora...

Lucero:—¿Llora...? *(vacilante)* Félix se reirá de mi si...

Juana:—Se dispone á salir... y yo... ¿Por qué no la vé?

Lucero:—*(Va hacia el cuarto y se detiene)*. No... no.... que haga lo que le dé la gana. Avísele usted que ya vuelvo.

Félix:—Que me estoy helando *(desde fuera)*.

Lucero:—Voy... Ya sabe... *(vase por el foro)*. dígale que... ya sabe...

ESCENA VII

JUANA, LUEGO ELOISA

Juana:—*(Va hasta el foro. Mira como se alejan Lucero y Félix y se acerca corriendo al cuarto de la izquierda)*. Señora, señora...

Eloisa:—¿Se marchó? ¡Claro! Por temor al ridículo... ¡Malditos amigos!...

Juana:—Me ha dicho que levante la mesa; que arregle esto... Por lo visto espera á alguien que no es de confianza.

Eloisa:—Sí; ya sé á quién. Y ojalá llegue antes que ellos.

Juana:—Yo me permitiría aconsejar á la señora que se quedase tranquila en casa. Parece que la nube ha pasado. ¿Para qué esperar hasta mañana á hacer las paces? Si el día que dejen ustedes de reñir es porque ya no se quieren. Acuérdese de lo que dice el señor Anselmo: las peleas de dos enamorados son como esos coktailes ingleses, picantes y de mal gusto, pero que abren el apetito. Ahora estoy segura que tienen ustedes más hambre que nunca de quererse, de...

Eloisa:—Calla... calla... Y haz lo que te han mandado.

Juana:—A ver si al fin de cuentas, pago yo los platos rotos *(Pausa. Juana quita el mantel y pone en órden la habitación. Eloisa, queda extática en la chaisse-longue)*.

ESCENA VIII

(Dichas y Gloria, por el foro. Es un tipo ideal; su cabeza rubia, se espiritualiza en un gesto de divina tristeza. Le falta el brazo derecho. Viste muy pobremente y cubre su cabeza con una mantilla, que se quitará al entrar).

Gloria:—¿Se puede?

Eloisa:—*(La mira agresivamente y sin moverse, le dice)*: Adelante.

Gloria:—¿Y Lucero?

Eloisa:—Ha salido.

Gloria:—Ya es humor, con esta noche. Y tu también, parece que vas á salir?

Eloisa:—No.

Gloria:—Como te veo con sombrero.

Eloisa:—Vuelvo ahora de la calle.

Gloria:—¿No sabes si Lucero tardará?

Eloisa:—No lo sé.

Gloria:—¿Estás enfadada?

Eloisa:—Eso no es cuenta tuya.

Gloria:—Como me respondes de ese modo...

Eloisa:—Tómalo como quieras.

Juana:—*(recogiendo los pedazos del cuadro)*. Y con esto que hago?

Eloisa:—Lo tiras!

Gloria:—¿Qué? Ha destruído Lucero su obra?

Eloisa:—Lucero no. He sido yo. *(vase Juana)*.

Gloria:—Eso es un crimen. Y él lo sabe?

Eloisa:—Fué en su presencia.

Gloria:—¡Qué infamia! ¡Mientes...! en su presencia no!

Eloisa:—No abuses de tu debilidad y pon reparo en lo que dices. *(levantándose)*.

Gloria:—No te temo. ¡Avanza! *(Pausa)* Llamas debilidad á la falta de mi brazo; yo llamo inconsciencia á tus iras de pantera. Yo soy una pobre inválida del cuerpo; tú una tullida de la inteligencia. Si tú eres la fuerza, yo soy el espíritu que alienta. Mientras tú destruyes, yo fecundo. *(Eloisa se detiene avergonzada. Pausa)* Sentir celos de mí... *(dulcemente)*. Tú que tienes con qué abrazar...; tú, que tienes todo lo que á mí me falta: vida plena, belleza, iras dominantes... No... Eloisa...: no tengas celos de mí... que sólo sirvo para traer esperanzas de triunfo á este taller lleno de sombras, donde debieran brillar como las luces de un faro ideal que marcaran á la pobre alma náufraga del artista, el lugar de salvación y de refugio... No ten-

gas celos de mí. Si te robo al artista, tú dominas al hombre. Vuelve en tí. Mírame frente á frente... ¿Hay traición en mis ojos? Bésame... quiéreme... no me ofendas, no le invalides... juntémonos para que venza! (*Se refugia en Eloisa. Ambas lloran en silencio*).

ESCENA IX

(Dichos, Anselmo, Perosca y la Chena. Perosca es una vieja mugrienta, pálida, espectral. Tiene una enorme giba en la espalda; su boca torcida marcará cada vez que hable un gesto horripilante. La Chena, es una chiquilla desgreñada, paliducha, ojerosa; hablará débilmente. Viene tiritando de frio. Anselmo, un tanto borracho, la trae de la mano. La Chena es ciega).

Anselmo:—Adelante... entren sin miedo...

Eloisa:—*(Incorporándose, marca un gesto de desagrado: Gloria, mira asustada).*

Anselmo:—No asustarse... gente de paz... Entren... entren sin miedo...

Eloisa:—Pero Anselmo... Usted siempre lo mismo.

Anselmo:—Soy el San Vicente de Paul de los que sufren ... Y á haber tenido abrigo hubiera dado como San Martín, la mitad... Adelante... ¡Oh...! quién pudiera sorprender en un cuadro el temblor de esas carnes... esa palidez de anemia y el brillo de esos ojos... Pedían limosna, ¿saben? yo no pude darles nada... no tenía nada y las traje... Tienen hambre... Aquí habrá pan; tienen frío... Anímense... Adelante... Tú, chiquilla,.. Arrímate... y usted también. No tengan miedo que no las van á comer, sino que les van á dar de comer... arrimarse... arrimarse... *(Las empuja hacia la estufa).*

Gloria:—Pobrecita:—Está aterida de frío...

Perosca:—*(Tose espantosamente).*

Anselmo:—Oiga usted... Oiga usted qué tos... ¡Infeliz!

Eloisa:—Arrimese al fuego...

Anselmo:—¡Qué cuadro! Mira... Gloria... qué contrastes de luz... ¡Oh...! quien pudiera... quien pudiera... Yo no... yo no... yo no puedo... *(Se tira en el sofá).*

Gloria:—¿Cómo te llamas?

Chena:—No... se... me dicen la Chena.

Eloisa:—Y usted que es de la chica?

Perosca—¿Yo? Nada... Nos juntó la desgracia... La madre de esta, pedía limosna en la misma iglesia que yo... Un día, me dijo: vieja... yo estoy enferma, me siento morir... Voy al hospital... Cuideme la nena hasta que salga... y

se fue... Pasaron muchos días... no volvió... debió morirse ... Y desde entonces, juntas mendigamos... Nos ayudamos la una á la otra... Los que creen en la suerte de las jorobas, me dan á mi; los que tienen lástima de la chica, le dan á ella... ¡qué se cree! hay quien me pide permiso para pasar billetes de lotería por la espalda... La gente es tan supersticiosa...

Gloria:—*(Sacando un pedazo de pan del aparador.)* Toma, nena... pan fresquito... Ahora te daremos algo caliente Toma...

Eloisa:—Agarra...

Perosca:—No... no vé.... es cieguita. A la derecha, Chena...

Chena:—*(buscando á tientas)*. Gracias...

Gloria:—¡Pobre! Y ¿cómo, ciega, si tiene unos ojos tan lindos?

Perosca:—Le han hecho muchos remedios en el hospital de Clínicas... pero inútilmente.

Gloria:—¿Y porqué no la lleva á un asilo?

Perosca:—Por no seperarme de ella... Le he tomado cariño... y como yo, muy pronto me voy á ir para no volver... Entonces, sí... que la recojan... Ahora no. De todos modos... mal que mal... vamos tirando...

ESCENA X

(Dichos, Lucero y Felix, por el foro, con muchos paquetes y botellas de vino).

Lucero:—Cierra pronto... ¡qué frío!... Oh... *(sorprendidos)*. Y estos?

Gloria:—Modelos que trae Anselmo.

Félix:—Y por lo visto los aprovecha muy bien... jaja...

Lucero:—*(Dejando los paquetes en la mesa)*. ¿Dónde vas? *A Elosia, que cruza hacia la izquierda)*.

Eloisa:—A mi cuarto.

Lucero:—No hagas ridiculeces. Va á venir Argüello. Tengamos la fiesta en paz. *(Felix entretanto, acaricia á la chica y forman grupo junto á la estufa con Perosca y Gloria)*

Eloisa:—Te advierto que no estoy dispuesta á una reconciliación de borracho. Dime todo lo que quieras antes de beber.

Lucero:—Antes de beber y después de haber bebido, te pediré que respetes á Gloria... te digo que soy tuyo. Ayúdame á festejar al amigo... te pediré que respetes á Gloria...

Eloisa:—¡Sea!

Lucero:—¡Eh...! *(despertando á Anselmo)*. Eh!... A espabilarse!

Anselmo:—Quién...! quién...! *(levantándose asustado)* Qué sueño admirable! Acababan de premiarme un cuadro en el Salón... ¡Qué cuadro! Mira: al fondo...

Félix:—Pinta... pinta... el cuadro y no lo hables...

Anselmo:—¿Yesto? Pero esto es maravilloso?... Wisky... Champagne... Cognac... Bonito me voy á poner ... Eloisa... el tirabuzón... *(Suena la campanilla de la calle)*.

Félix:—Ahí está Argüello.

Lucero:—*(Corre al foro)*.

Eloisa:—Qué alegría... ¡Volverle á ver!

Lucero:—*(regresando)*. No es Argüello... es Alvaro.

Anselmo:—¡Ay! que lata nos espera.

ESCENA XI

(Dichos y Alvaro, que entra, muy erguido, luciendo su melena y su corbata flotante).

Alvaro:—Buenas noches, ¡Uy! Por lo visto están de ágape... Eloisa... Gloria... Félix... Anselmo *(saludando.)*

Anselmo:—Déjate de ceremonias y saluda en general

Alvaro:—Tú siempre inoportuno y agresivo conmigo injustamente. *(Lucero se preocupa de arreglar la mesa y de abrir botellas)*. Pero esto tiene aspecto de festín de Baltasar ...¿Y Argüello, cómo no ha venido? Les advierto que se me antoja un tanto orgulloso... Me saludó así... como discerniéndome un favor... ¿Sigues haciendo el vate?, me dijo... ¡Haciendo el vate!... Quise entrar en materia, dialogar respecto á su viaje y me dijo: Poeta no estoy para latas... Si deseas que conversemos, ve á lo de Lucero esta noche. Después de lo de lata, yo no debiera haber venido... pero como le quiero tanto!...

Todos:—*(rien)*.

Anselmo:—A que no se te ha ocurrido traer cigarros...

Lucero:—Están en esa caja.

Anselmo:—*(la descubre)*. Noche completa.

Félix:—Ahí ha parado un coche.

Lucero:—Ese sí que es Argüello. Adelante... Adelante...

ESCENA XII

DICHOS Y ARGUELLO POR EL FORO

Lucero:—*(abrazándolo)* ¡Argüello...! ¡Argüello!

Todos:—*(le dan la mano y le palmean)*.

Eloisa:—Me parece mentira volverle á ver...

Lucero:—Siéntate... Ah... mira...Gloria... Aquí tienes á Argüello...

Gloria:—Le he oído nombrar á usted tantas veces que era ya para mí un viejo conocido.

Lucero:—Esta es la famosa Gloria? el rayo de sol de este taller? la que con tanto entusiasmo me describías en tus cartas?

Lucero:—¿Y cómo tan rápida tu vuelta...?

Eloisa:—No cambies de conversación... deja que siga con lo de las cartas... *(forman grupo aparte y ap. á Lucero)* ¿Qué cartas son esas...? Qué poco me las has enseñado...

Lucero:—¡Calla! No amargues la fiesta... *(á Argüello)* ¿Y cómo tan rápida tu vuelta? *(Disimulando).*

Argüello:—¿Rápida? He viajado más de un año.

Félix:—De pronto y sin venir á cuento te llamaste á silencio. Ni una tarjeta postal...

Anselmo:—Ya suponíamos que estabas trabajando en algo muy gordo y que querías sorprendernos.

Argüello:—Cierto: en algo muy gordo.

Félix:—¿Asunto moderno?

Lucero:—No le obligues á contar el asunto... ya nos enseñará la obra.

Eloisa:—O las obras porque usted era de una estraordinaria fecundidad.

Alvaro:—*(ofreciéndole una copa)* ¿Tú desembarcaste en Italia? Tengo hambre de conocer tus impresiones.

Anselmo:—Este sigue tan famélico como cuando lo dejaste.

Argüello:—Mi excursión por Italia fué rapidísima, pues tenía intenciones de volver á pasar allí unos meses.

Alvaro:—Pero supongo que admirarías las musculaturas intelectuales de Miguel Angel?

Argüello:—Mi ambición por aquel instante era ver cuanto antes las obras de Velázquez.

Alvaro:—Y te dirigístes á Madrid? ¡Claro!

Argüello:—Sí... á admirar el pintor del movimiento en reposo. Oh...! qué impresiones imborrables las del Museo del Prado.

Lucero:—Cuenta. *(Todos le rodean).*

Argüello:—Sería interminable. Para mí no existía Madrid, el Madrid de la alegría sin dinero, de sus calles bulliciosas y de sus mujeres adorables. Para mí, no había allí, más que el retrato de Carlos V, pintado por el Ticiano, el de

Felipe II por Pantoja y los Borrachos de Velázquez... Para mí, no había otro deleite que sentir cómo vivían en sus obras, aquellos muertos que se llaman Ribera, Murillo, Rubens y Sánchez Coello. Las ninfas perseguidas por los sátiros y el bruto en que cabalga el conde-duque de Olivares... Oh!... la impresión producida por Velázquez... por sus bufones y sus enanos; la congoja horripilante de los ascetas de Ribera y el temblor doloroso de los lienzos de Pantoja... Ah... allí... en aquellas tardes que yo hubiera deseado interminables, quise empezar por esclavo para llegar á ser rey...

Lucero:—Eso...

Anselmo:—Sirve más vino. *(á Félix).*

Félix:—No interrumpas.

Argüello:—Eh... á qué seguir... huí de allí... ¡Sí...! fué una fuga... Allí empecé á tener vergüenza de mi mismo y me refugié en París. ¡Ay! A los pocos días de visitar el Luxemburgo y el Louvre, después de haberme acariciado el arte sereno, luminoso de belleza, griego bajo su entusiasmo claro y floreal, de Rubens... aquel arte que aturde y emborracha... me metí en mi casa lleno de la más honda tristeza... Una mañana de sol, después de muchos días grises, sentí como que la esperanza renacía en mi alma. ¿Soy ó no soy artista?, dije, y sin aguardar la respuesta, como quien huye de un enorme peligro, cerré mi maleta y me fuí á Bruselas; de allí á Amberes... Y todo aquel mundo de belleza, dejó en mi corazón esta amargura: con qué facilidad somos triviales y con qué dificultad nacimos triunfadores.

Lucero:—Confiesas un escepticismo indigno de tí. Tú, tan lleno de ideales...

Argüello:—No... No soy un escéptico. El escepticismo, no es más que la vacilación del pensamiento. Si vacilaron mi mente y mi corazón en aquel entonces, ahora verás cómo mi carácter ha resultado merced á la voluntad, de una sola veta, como el tronco del quebracho.

Lucero:—No te entiendo.

Alvaro:—Ni yo...

Argüello:—Lo malo no es jugar, como decía el otro; lo malo no es hacer arte... lo malo es que no somos nada... Necesité que los grandes maestros me sacudieran con el soplo genial de sus obras. Desperté... Mi vida había sido una mentira hasta entonces. Un sueño... una quimera. Y ¿saben ustedes dónde volví á la realidad?... al cruzar la llanura holandesa estéril y arenosa. Aquel trasunto de Pampa infértil me trajo algo así como una bocanada

de patriotismo; me sentí más argentino que nunca... No fué nostalgia, no... fué algo así como un remordimiento que me llenaba de clarividencias. Y á través de los lagos, de los canales, de los pantanos y de las turberas de Holanda, mi amor á la tierra mía, rasgó aquellas nieblas y voló hasta aquí... Sí... ¿Qué podía ofrecerle con mis telas inócuas? con mis delirios de artista subalterno al suelo que me vió nacer.. ? Nada! La impotencia de un raté y la envidia de un admirador. Rompí la paleta y los pinceles...

Lucero:
Félix: } tu!
Anselmo:

Argüello:—Yo. Y ahora, os reiréis... ¡pero no importa! en vez de dirigirme al museo, me dirigí... ¿á que no lo adivináis?

Lucero:—No.

Alvaro:—Está loco...

Argüello:—A una vaquería holandesa. Y en lugar de admirar á Cuyp, á Terburg, á Dow... en vez de irme á Gante... me fuí á Bravante á aprender á hacer quesos y á Groninga á saber cómo se engordan vacas que produzcan mucha manteca.

Lucero:—¿Tú...?! el idealista...? el soñador...?

Argüello:—Allí descubrí que más que idealista era un buen gaucho que quería tomar de los frisones el amor á la vida intensa.

Alvaro:—Me dejas lelo... Me resultas inverosímil...!

Argüello:—¡Cuadros! Cuadros los que voy á hacer ahora para las etiquetas de mis envases. Ya lo tengo todo arreglado. Mañana mismo parto para el sur de Buenos Aires. Basta de talleres artísticos, donde no se realiza, ni la existencia ni el ideal... Basta de estos antros donde la voluntad se pudre y de donde no sale más que el fuego fatuo que brilla instantáneamente... En esta lucha de egoísmos que forman la vida moderna, sólo triunfa la fuerza. Y mientras aquí uno se arrastra entre queridas volanderas, entre el hambre y la miseria... entre borracheras y tristezas... allá fuera... en la Pampa... el carácter vuela... A la Pampa... sí... que esa es la ubre... Ninguno de ustedes, marcará con sus obras rastro en la vida argentina. Serán fuegos fatuos también... que brillarán tan sólo cuando haya sombras...

Alvaro:—Podías haberte ahorrado la visita. ¡Vaya una noche la que nos estás dando! Porque hayas fracasado tú no veo el motivo para...

Argüello:—Cállate... pobre grafómano. Morirás sin ser llorado.

Félix:—Has hablado de fuerza, precísamente á quien gusta de ella. Yo soy un fuerte. Un convencido de mi arte... Fuerza también será mi obra. No me acobarda el pavoroso porvenir que nos presentas...

Alvaro:—Ni á mí. Podrás tú ser el rey de la quesería. Ten por seguro que yo soy y seré poeta y acuñaré monedas con mi busto.

Argüello:—Y tú... Lucero... mi amigo... mi hermano ... ¿qué respondes...?

Lucero:—Qué quieres que responda...? El fuego fátuo... dicen que persigue á quien le huye... y que huye de quien le persigue... como un fuego fátuo es mi ensueño... cuando le huyo... su llama me persigue como una enemiga implacable; cuando yo lo persigo, se me escapa como una quimera...

Argüello:—¿Y Anselmo?

Alvaro:—Duerme. Habrá dicho: ahí me las den todas. Ni más ni menos que yo que estoy despierto...

Félix:—Tú reduces la vida intensa de los pueblos, al trabajo físico... No sólo de pan vive el hombre...

Argüello:—Desgraciadamente aún nuestro pueblo no nos pide otra cosa. Vive, se ensancha... se hace fuerte sin exijir á sus hijos un arte que vendrá... que viene... pero no por estos vericuetos de bohemia inmunda... El arte es Sorolla... pintando al salir el sol en la ribera valenciana, el arte es Zola, engulléndose el famoso sapo todas las mañanas; el arte es fuerza de la naturaleza y lo mismo surge aquí y se llama Sarmiento que aparece como un sol en las brumas noruegas y se llama Ibsen... El arte vendrá... pero hagamos antes que artistas *hombres* simplemente; preocupémonos antes de nada de que sea intensa nuestra vida civil. Seremos artistas, cuando seamos intensamente ciudadanos...

Lucero:—Basta... basta...! *(pausa)*.

Argüello:—*(á Anselmo)* Despierta... despierta...

Anselmo:—Si no duermo... si te oigo...? ¿De Bruselas, á donde fuiste?...

Todos:—Jaja...

Alvaro:—Para Anselmo, aún continúas siendo pintor. Ea... yo me retiro... Voy un rato al Casino. Ha debutado una chanteuse, encantadora... Hay alguno que quiera acompañarme?

Félix:—Yo. Pero hasta el centro nada más. *(empiezan á ponerse el gabán).*

Lucero:—Y tú... ¿qué vas á hacer con esas infelices?

Anselmo:—Me imagino que hasta mañana, podrán arreglarse en la cocina.

Argüello:—Sacuda á ese hombre, Eloisa... Sálvele... Y usted. Gloria... no le llene la cabeza de viento... Yo también me marcho... Anselmo, siempre con sus harapos... Adios, hasta mañana. Antes de partir, nos veremos. El que quiera seguirme que lo diga. Hay palas y hazadones para todos... Otro adiós... *(Se despiden. Vanse Félix, Alvaro y Argüello).*

ESCENA ULTIMA

LUCERO, GLORIA, ELOISA, ANSELMO, CHENA Y PEROSCA

Lucero:— *(Se sienta pensativo en un sillón, junto á la mesa).*

Anselmo:—Parece que ha venido un tanto transtornado el pobre Argüello.

Lucero:—Los transtornados somos nosotros... *(pausa)*

Anselmo:—Mira... voy á prestarles mi cama á esas infelices... ¿Me das permiso Eloisa?

Eloisa:—Porque no. ¿Y usted donde va á dormir?

Gloria:—Yo también les cedo mi cama.

Anselmo:—No hace falta. Yo dormiré en el sofá... Oiga... vieja... despiértese... despiértese... *(á Perosca)* Eh... Venga por aquí... Tú... chiquilla... agárrate de mi mano.

Eloisa:—Voy á acompañarles... Por aquí, viejita... *(vanse izquierda).*

Gloria:—No ve.

Lucero:—¿Quién?

Gloria:—La nena. Es ciega.

Lucero:—Pobrecita... pobre Anselmo... Esa ciega parece que fuera la obsesión de arte que me domina y el desgraciado Anselmo, mi voluntad... ¿Qué sería sin tí esa obsesión...? ¿á dónde iría, si tu no la guiases... *(pausa).*

Gloria:—¿En qué piensas?

Lucero:—En todo lo que ha dicho Argüello... Yo no seré nada... ¡nunca nada...! ¡nunca...! Y siento algo muy grande aquí dentro... algo muy fuerte... muy hondo... y ¡no puedo... no puedo...! *(llora).*

Gloria:—¿Llorando tú...? Tú...?

Lucero:—Sí... lágrimas de vencido.

Gloria:—Vencido, sin haber luchado...? eso no...!

Lucero:—Eres... el símbolo de mi gloria... tú eres manca como ella...

Gloria:—No desesperes... ten fé... alimenta ansias de triunfo...

Lucero:—Ya es tarde...

Gloria:—Ierguete... fortalece tu espíritu... que el Ideal te llama.

Eloisa:—*(dentro)* Gloria..! Lucero..! ¿A qué aguardan?

Lucero:—No... el Ideal no... La realidad nos reclama Si huyo... me persigue... si la persigo me huye... Vamos hacia ella...! *(levantándose)*

TELÓN

POESÍAS

Los verdaderamente buenos

¡Oh! cuánto dolor hay en el pecho
de los pobres seres anormales
para quienes la Caridad ha hecho
los manicomios y los hospitales!

Con qué pena infinita se arrastra
el pobre diablo que desde su aurora
halló en la vida una madrastra
y en la Fatalidad una tutora!

Cuánta desolación hay en las caras
de las míseras criaturas vencidas,
que van arrastrando sus taras
bajo el enorme peso de millares de vidas!

Yo las he visto doblegarse de tedio
ó de melancolía ó de fastidio,
y rebelarse contra sus males sin remedio
por la morfina ó el suicidio.

Y las he visto morder todas las frutas,
sacrificándose á todas las pasiones;
y las he visto hacerse prostitutas,
y pordioseros y ladrones.

Parece que llevaran sobre ellas
la maldición del Dios de los abuelos,
y que fueran siguiendo las huellas
de aquel Rebelde que anarquizó los cielos.

Sus lomos están ya habituados
á la brutal energía de la fusta
y se abandonan, como doblegados,
bajo la inevitable fatalidad injusta.

(Del libro «Las Canciones de la Noche», que aparecerá en breve).

Son buenos de puro hartos
de andar con hambre ó en ayunas
y de acostarse sin cuartos
bajo el techo de plata de las lunas.

El amor para ellos no existe,—
muertas son las abejas de su enjambre,—
su misión en la vida consiste
en morir de tedio y de hambre.

La muchacha apenas núbil á quien muerde
con sus dientes sensuales el vicio,
y que un buen día se pierde
y desaparece en el precipicio;

La mujer honrada que concentra
todo su porvenir en el trabajo
y que una noche se encuentra
sin fuerzas para remendar su andrajo;

El hombre joven cuyo físico
no hay contrariedad que no quiebre,
hasta llegar á morirse tísico,
enflaquecido de pesar y de fiebre;

Aquel cuya cabeza tambalea
hiperbolizando la diatriba y el encomio
y acaba por pensar en una sola idea
en las cuatro paredes del manicomio.

Y el otro, á toda curación escéptico,
porque está convencido que la Ciencia
no puede abolir de su cuerpo epiléptico
ni el atavismo ni la herencia.

Criaturas atormentadas
por una maldición extraterrena
criaturas que van cargadas
con una copa demasiado llena!

Para ellas la existencia es un fútil
pretexto que exacerba su tedio
porque saben que toda rebelión es inútil
en las desolaciones sin remedio.

Viven enloquecidas
desmenuzando sus ideales,
mientras van desgajando sus vidas
en manicomios y hospitales...

A mí me interesan todas ellas
con un cariño fraternal:
son pobrecitas almas de estrellas
atormentadas por el genio del mal.

Mi caridad, que no tiene nada,
ayúdales á soportar el yugo:
mi corazón ha sido su almohada,
y su alimento, mi mendrugo.

Porque los siento hermanos,—
y bien hermanos en su cuita—
con la hermandad de sus tormentos sobrehumanos
y de mi grave desolación infinita.

Ellos son los únicos buenos
los únicos verdaderamente nobles:
atormentados, entristecidos y serenos
como los leones y los robles.

Su grandeza consiste
en esta vida de amarguras:
y en tener un corazón inmensamente triste
que los diferencia de los otros vivos.

Ellos son los únicos seres perfectos
en estas vida de amarguras:
ellos son los únicos seres predilectos,
y las únicas almas que no marchan á oscuras:

Porque su congoja les conduce
hacia el verdadero camino de luz
en donde, bajo una aureola de gloria luce
el símbolo de los símbolos:

La Cruz!

LUIS MARÍA JORDÁN.

Desvarío crepuscular

Sobre los vanos oros de la tarde marchita,
Solemnemente cae la tristeza infinita
De la sombra; y el alma, que es hermana gemela
Del alma de la tarde, se ensombrece también;
También se pone triste, y como un ave anhela
Volar, de los recuerdos, hacia el lejano Eden.

Todo en esta hora le habla: el jardín en murmullo
Que se puebla de ensueños, adormido al arrullo
Del viento, y hasta el cielo, como una perla pálida,
Sibilino y divino, le es una evocación...
Y ella entonces sacude su sueño de crisálida,
Y se despierta toda vestida de ilusión.

Está en sueño la sombra vaga, el silencio grave,
Las frondas donde el viento se duerme como un ave...
Son preces los rumores ya huérfanos del día,
En la paz del crepúsculo que es un solemne altar:
Todo se unge de una suave melancolía
Que las muertas memorias hace resucitar.

Y si en esta hora rompe la calma, allá á lo lejos,
Una música alegre, de tiempos ya muy viejos,
¡Ah, cómo una lejana y olvidada fragancia
Nos invade y envuelve como un aire sutil!
¡Aroma del recuerdo, perfume de la infancia,
A la que el alma torna en un llorar pueril!

¡Cómo entonces es dulce soñar!.... Los pensamientos,
Más azules y vagos, llevar esos momentos
Sobre el Lago-Pasado, y como golondrinas,
A la luz del crepúsculo verlos revolotear:
Elevarse á los cielos en fugas serpertinas,
Y descender al lago sus alas á mojar...

El alma se encamina por sendas apartadas
Hacia el jardín en ruinas de las cosas pasadas,
Y anda por él como una Ofelia pensativa,
Juntando flores secas de ya perdido olor,
Entre las cuales vive la eterna siempreviva,
La siempreviva pura de un ignorado amor;

Anda como una monja de manos dolorosas,
A la luz de la luna, por rutas milagrosas
Soñando... y por sus ojos, pasando en procesiones
Van, divinas difuntas, las memorias de ayer:
Esperanzas decrépitas, vírgenes ilusiones,
Fantasmas del Dolor, espectros del Placer.

¡Oh, musiquilla alegre que, en otro tiempo oída,
Nos recuerdas las cosas que alegraron la vida!
¡Oh, qué dulce es soñar á tus sones lejanos
Al morir de la tarde, llena de majestad...
Y qué triste encontrarnos, al despertar, tan vanos,
¡En fuga como sombras hacia la Eternidad!

MANUEL LIZONDO BORDA

Buenos Aires, Julio de 1911.

LA OBRA DE FLORENCIO SANCHEZ (1)

Pablo Podestá, el intérprete predilecto de Florencio Sánchez, no ha querido que transcurra este primer aniversario del gran dolor común, sin grabar especialmente, en los anales de su *capocomicato* la mención del constante y fervoroso culto que rinde su alma sencilla y poderosamente intuitiva de artista dramático, á aquel maestro de la sencillez, si se puede ser maestro de lo que no se ha aprendido, pues Sánchez era sencillo también por intuición, siendo esta su facultad sobresaliente y directriz. He dicho «el intérprete predilecto», y no se me oculta que incurro quizá en un error de hecho, porque Sánchez no tenía preferencias muy acentuadas entre los actores que daban animación y movimiento á las vidas de las criaturas de su ingenio, que eran muchas veces,—cuando le resultaban más fuertes,—las evocaciones de su noble memoria. Mantengo, empero, la afirmación, porque si es verdad esa indiferencia, no lo es menos que el creador escénico del don Zoilo Carabajal de «Barranca Abajo» y del Julián de «Los Muertos», proporcionó al autor las más intensas de aquellas infantiles alegrías conque veía realizados en el teatro sus tipos, sus conflictos y sus efectos. Por lo demás, se explica, y para mí satisfactoriamente, que Sánchez no tuviera entre los artistas dramáticos locales, inclinación á unos, con exclusión de otros, sino por puro afecto ó simpatía. Donde quiera,—y he ahí una de las particularidades que

(1) El 7 del corriente la compañía dramática de Pablo Podestá, que actúa en el Teatro Moderno, conmemoró con severa sencillez el primer aniversario del fallecimiento de nuestro mayor dramaturgo. Joaquín de Vedia, el más sindicado por su autoridad indiscutida y por la amistad que le ligara con Florencio Sanchez, pronunció el discurso de homenaje. Es el que aquí reproducimos. NOSOTROS, que considera uno de sus más legítimos títulos de honor el haber estado siempre al lado de Sanchez, en la amistad y en la admiración, entrega ahora á sus lectores este nuevo trabajo crítico sobre aquel inolvidable creador, como un elemento más para el juicio definitivo y para recuerdo de la triste fecha.

N. de la D.

distinguen su obra,—él encontraba intérpretes. Actrices y actores oscuros, de mente y medios de expresión opacos, tuvieron sus horas de brillo y de triunfo, representando personajes de los sainetes, de las comedias y de los dramas de Sánchez. Me he servido alguna vez de este ejemplo, para argumentar contra el pesimismo de ciertos delicados espíritus, que fundan la justificación de los escritores que renuncian al teatro, en el pretexto de que no hay intérpretes capaces de secundar honorablemente los sanos esfuerzos artísticos. No intentaría sostener la capacidad de nuestros cómicos para dar relieve y color, ó simplemente para traducir con fidelidad toda clase de ideas y estilos. Pero sí me permitiré insistir en que no han de parecer insuficientes, en la medida de lo humanamente exigible, á los autores que, como Sánchez, puedan hacer teatro con elementos propios, es decir, con los asuntos, el lenguaje, el alma de la tierra.

Dios me libre de incurrir en reproches, sin autoridad en mis labios, y amén de injustos, pueriles, á los que siguiendo la indicación de sus gustos ó siquiera las corrientes del snobismo, cultivan entre nosotros plantas literarias exóticas, según varios, muy capaces de repetir, á renglón seguido de esa clasificación agresiva, aquello de que el arte no tiene patria. Sin embargo, considero plausible, benéfica, la denunciada limitación de medios en el teatro local, que le obliga á circunscribir al campo de lo estrictamente nativo los dominios de su observación y el alcance de sus tendencias. Si por algo resulta chocante el adjetivo que lo persigue, es porque un teatro, al nacer ó morir, es nacional por definición. La escena, humana ante todo, vive de la semejanza entre el hombre que en ella está y el hombre que enfrente de ella escucha y mira, y tanto más corta esta sea, vale decir, tanto más nacional será la distancia que media entre esos dos hombres, tanto más grande será la eficacia, la eficacia artística y social de aquélla. No hay teatros universales. Fuera del mundo de los eruditos y del internacional intelectualismo, los pueblos ignoran recíproca y escrupulosamente, las obras maestras de sus autores dramáticos. Gœthe y Schiller no son ni pueden ser regularmente conocidos sino en Alemania; en Francia no se ha representado hasta hoy á Shackespeare sino en las adaptaciones sacrílegas de Ducis, de Dumas padre, de Paul Meurice y del mismo Alfredo de Vigny; no hablemos de las traducciones escénicas castellanas sufridas por los mismos poetas; en Italia, tan extraordinariamente com-

prensiva, el genio de Inglaterra ha estado supeditado á las conveniencias de los Rossi y los Salvini, de los Novelli y los Zacconi.

Un fuerte y simple escritor francés, confesaba no haber experimentado emoción alguna en presencia de Macbeth, arguyendo que no había nada de común entre aquel «cuerpo helado por los siglos», y su espíritu moderno. Los hombres de letras que esto leyeron, se indignaron; no había en realidad por qué; aquello era una triste manifestación literaria, pero tenía el valor de un gesto de sinceridad popular. Desde luego, significaba que Zola no había advertido en el personaje shackespeariano, todo lo que aparentemente le actualiza; pero por muy sutil que sea la percepción colectiva, cuesta creer que esta descubra lo que escapa siquiera á una sola sensibilidad superior, cuando la vemos tantas veces pasar por alto lo que exalta ó deprime á las almas menos profundas. Y si tal duda cabe respecto de públicos en cuya masa se opera la filtración de altos ambientes intelectuales, y que secularmente han asistido á las evoluciones y depuraciones de un inmenso teatro, ¿cómo no pensarlo de nuestro público nuevo en nuestro teatro novísimo?

Nace éste con Juan Moreira, pantomima primero, alternada con diálogos después y convertida por último en drama; es un poco el proceso de formación de lo que ha venido á llamarse en Francia la ópera cómica. Su escenario es en un comienzo la pista del circo, que se complica más tarde con un escenario verdadero. Es original y bárbaro, aquel producto de la ciudad que vive en íntimo consorcio con la vida y las costumbres del campo, pero es tan propio del medio, que nadie, aún en las clases sociales que ya empiezan á sacudir sus vínculos tradicionales y á vivir en la nación fuera de la nación; nadie, ni los remilgados, ni los que dan principio á la tarabilla parisién, dejan de ir á verlo, y no una, sino muchas veces. Muy pronto, la ciudad, multiplicados sus elementos de comunicación con el exterior, al tiempo que se aflojan los vínculos con el interior, relega aquel teatro al público constituído por factores agenos al interés que congrega á los favorecidos del rango y la fortuna en esas salas donde grandes actrices y actores extranjeros evocan, con lo precipitado y desmantelado de sus representaciones, reminiscencias de la misa en el campamento. Esa abandonada escena criolla quiere seguir la transformación, rompe para siempre con la pista, su cuna, y re

nunciando á su nombre de bautismo, se hace llamar nacional. Al perder su personalidad, sufre la crisis determinada por las nuevas orientaciones generales, cae en la imitación servil, imitación de la barbarie originaria por un lado, imitación del populacherismo de la zarzuela española por otro, imitación, en fin, de las pretensiones filosofistas de cierto drama moderno. La retahila inagotable de las metáforas gauchas, el accidental «cocoliche» y el episódico «lunfardo», proveen su lenguaje, sus asuntos ó sus caracteres, y cuando sale de ahí, es para caer en tal lecho de lirios y crisantemos de contrabando que se envenena el aire de las salas miserablemente sórdidas. Todo es falso, el gringo y el compadre, el paisano inculto y el pueblero hipócrita y cruel.

Entonces aparece Florencio Sánchez, que tiene el instinto, una genial presciencia del teatro, y, sin volver al punto de partida, porque ya no es necesario, trae á la escena, con la misma ingenua sinceridad que dió vigor al primitivo género criollo, los hombres del país, con los cuales ha vivido y ha peleado también, y hace esa serie de dramas y comedias, como «Barranca Abajo», como «La Gringa», rápidos en la forma que los sintetiza, lentos en el fondo que desarrollan, donde el estallido sólo viene con el hartazgo del sufrimiento, donde la lucha no es tumultuosa, donde no hay abismos, sino declives, donde se siente la monótona tranquilidad de la naturaleza, donde el amor ó el odio hacen pausadamente su camino á través de largas distancias, el teatro de la pampa argentina y de las cuchillas uruguayas, que saltando sobre el gaucho del folletín va á buscarlo en la leyenda para unirlo con su última realidad viviente en tipos tan bellos, tan nobles, tan consoladores, como don Zoilo, don Cantalicio, ó el viejo de «M' hijo el dotor». Así como encuentra un público que, á pesar de su cosmopolitismo, le comprenda, le estimule, le aplauda, encuentra actores que le interpreten. Hay teatro, donde el intérprete se siente ancho en su papel, y donde el pueblo vé reflejarse las costumbres, el temperamento, el espíritu de la raza. Ese teatro, es nacional; ya no tiene para qué llamarse así, puesto que lo es. Fuera equivocado suponer que sólo representa la vida que se va, la especie que declina; en su éxito está la demostración de lo contrario. Dentro de la campaña misma, realiza la conjunción de ese crepúsculo con la nueva aurora, y entre don Nicola el colono y don Cantalicio el criollo despojado, que plantean el conflicto, está Próspero,

el tipo joven en quien se suma el esfuerzo positivo del trabajo y el idealismo aitanero de la aventura; y entre el paisano Zoilo y el pueblero Juan Luis, está el pobre Aniceto, que desaparece, más apto y más libre que aquél, mejor y más bueno que éste, con rumbo á quién sabe qué desquites ó qué venganzas. Y no se crea tampoco que es unilateralmente campesina la visión del autor: así como supo ver y sobre todo sentir ese aspecto principalísimo de la existencia nacional, supo considerar y comprender, en sus calles, en sus casas, en sus tugurios, en las salas de los palacios y en los patios de los conventillos, en las guaridas del crimen y en el honesto hogar obrero, en todas sus fases, la metrópoli frenética de opulencia y miseria, de ansias y dolores, de virtud y vicio.

¿De dónde vino Sánchez, así preparado, así listo para realizar su obra? Lo conocimos en las redacciones de los diarios, muchos de los que estamos aquí. Era reporter, un mal reporter, indolente, desinteresado siempre de todas las cosas que interesan vitalmente á la profesión. No estudiaba, no trabajaba. Aparentemente, era uno de los tantos sujetos que viven en los alrededores del periodismo, y que se esfuman un buen día, sin ningún rumbo, sin ningún destino, sin que nadie sepa ni se preocupe de saber adonde se fueron. En efecto, desapareció una vez, pero para reaparecer al corto tiempo, con *Canillita* y *M'hijo el dotor* bajo el brazo. ¿Había frecuentado los teatros, había leído muchas comedias, se había ensayado siquiera antes? Nada de eso; tenía una vaga idea de que el teatro, según la fórmula del autor de «Kean», es una mesa, cuatro bancos y una pasión, y eso era todo. No, este autor no se hizo leyendo libros; no tampoco sobre la base de una cultura general más ó menos intensa. Sánchez era ignorante; no poseía más idioma que el propio; no había profundizado ningún arte ni ciencia. Sin otro capital que el de la escuela común, comenzara á recorrer el mundo, y á ver cosas, con sus grandes ojos adormecidos, á los que nada escapaba y que nada olvidaban. No habría que juzgarle, pues, con el criterio europeo que aplicamos á todo; este no es el hombre de letras; este, en todo caso, es de los hombres que hacen las letras: un primitivo, un iniciador. Es porqué, conociéndolo bien, íntimamente, lo creo así, que lo juzgo grande. No trajo, ni hizo adaptaciones; si el teatro no hubiese existido, él habría hecho teatro, ese teatro que, como he dicho antes, él enriqueció con su memoria más que con su imaginación, con la

observación mucho más que con la inventiva, ese teatro sin recursos, sin habilidades, sin tramoyas, limpio, diáfano como su alma de niño, y en el cual, llevando la despreocupación del detalle técnico hasta el exceso, sin numerar las escenas, ni agrupar los personajes, ni indicar un solo gesto, en el diálogo está todo, y tan claro, tan decisivo, que así, sin guía de ninguna especie, resulta de una facilidad de ejecución sorprendente. De ahí que Florencio Sánchez fuera amado de los actores, que él confiara en ellos y ellos en él; sus relaciones consistían en esta cosa grande y sencilla: que él los pusiera en el seno del pueblo de donde ellos procedían. Lleno de amor estaba su corazón, por todos los seres y por todas las cosas, y así adivinaba, intuía, presentía lo que no había podido ver y palpar, y llegaba á esas síntesis felices, á esas adjetivaciones maravillosamente simples y elocuentes, como la exclamación de don Cantalicio ante el ombú que el invasor ordena, sin darse siquiera el trabajo de desarraigarlo, echar por tierra á fuerza de sierra: «Este árbol tan bueno, tan mansito»; ó como aquel grito heróico del pregón solidario de Canillita, arrojado á la cara del vil *souteneur*, donde está toda la ingénita nobleza del chico y toda su desarrapada y prematura experiencia del mundo.

He dicho que Sánchez distaba mucho de ser un hombre de letras. Fuera error grande juzgarle por las desigualdades de su estilo, que virtualmente favorecían el contraste en que reposa el efecto del diálogo teatral, ó por las impropiedades de su lenguaje, casi siempre buscadas, ó por las debilidades de su técnica que sólo eran el abandono absoluto de su sinceridad. Se le juzgó con dureza,—porque en torno suyo hubo batalla,—atribuyéndosele una amargura, una especie de despiadado pesimismo, ¿qué sé yo? y uno de sus críticos, con la más completa buena fe, citó á propósito suyo aquella página de *La vie litteraire*, donel maestro dice: «Hay en el hombre una necesidad infinita de amar, que casi le diviniza. M. Zola lo ignora», etc. Pues bien. Yo espero que el mismo franco y vibrante escritor que trajo á la polémica sobre Sánchez ese recuerdo, cuando, como Anatole France la obra de Zola, considere la obra de aquél en su conjunto, pueda citar de nuevo al admirable prosista, para decir con él: «Se le hicieron reproches sinceros,—lo sé por mí mismo,—y sin embargo injustos... El edificio iba creciendo. Hoy que se le descubre por entero en sus formas, se reconoce también el espíritu de que está lleno. Es un espíritu de bon-

dad». Nuestro pobre autor era, sí, igualmente bueno, bueno para todo y con todo, menos para sí mismo. Tenía la bondad revolucionaria, que es de acometividad y de violencia. Debo hacer aquí un distingo: al hablar así, me refiero al hombre, no al autor. Aquél soñaba con la ciudad futura, de justicia, de verdad, de trabajo y de paz fecunda. Este otro, no sé si deliberadamente ó no, cuando no la ciudad actual, reflejaba una intensa nostalgia de la vida pasada, de la raza que declina. No me atrevería á afirmar que hay en esto una contradicción. Quién sabe qué inesperadas soluciones se preparan para lo porvenir, en estas tierras de las grandes concordias espirituales, como que fué siempre uno el ideal de todas nuestras contiendas: humanitario y patriota. En todo caso, diré que, en el egoísmo de mi amistad, yo lamento ese dualismo. Sánchez había leído también sus libros. Si al poeta dramático de nada le sirvieron al individuo, en cambio, fuéronle altamente perjudiciales. Y acuérdaseme á este respecto cierta anécdota contada por un hombre que quiso mucho á Sánchez. Quince ilustres compatriotas suyos, sepultados en la bodega de un barco ruin, marchaban hacia climas remotos y mortíferos, por orden de una dictadura siniestra. El militar encargado de llevar á término aquella deportación, se acerca una tarde á sus prisioneros, interrumpiendo la lectura que uno de ellos hacía á los otros, de un opúsculo famoso por entonces. Tomando el volumen de las manos del desterrado, lo consideró un instante, vió que estaba escrito en una jerga incomprensible para él,—era «Le parti liberal», de Laboulaye,—y lo devolvió, diciendo: «estos son los libros que han traído á estos hombres á la Barca Puig». Y bien, yo digo á mi vez, adoptando la enseñanza profunda que encierran las palabras del galoneado gaucho, que algunos de los libros que encontré más de una vez en las manos de Sánchez, contienen el secreto de la triste aventura que se lo llevó á morir lejos de todos nosotros, en tierra de habla extraña, en la desolación de lo desconocido, hombre solo frente á otros hombres y no á la humanidad fraternal y benévola que fuera buscando. Aquellos libros pusieron á los ciudadanos, gloriosos de sufrir, en la senda del fecundo martirologio del ideal; estos otros pusieron á Sánchez en el camino del inútil, del estéril martirologio de la ilusión. El no estaba preparado para dar entrada en su cerebro á todas las ideas, como que carecía de la base y del equilibrio sólidos que da el método.

En los últimos tiempos, Sánchez pareció intentar á su vez la evolución que, precipitándose, malograra los primeros pasos de la dramática criolla. Quería acaso apurar la curva de su destino, presintiendo el fin próximo, temiendo que su obra quedara inconclusa, como reflejo de la vida ambiente. Ensayó un teatro más literario más ideológico, más tendencioso. No fué un extravío, fué una anticipación prematura. Sánchez se adelantaba á sí mismo. Que, en ciertas formas, nuestra civilización marche á saltos, no quiere decir que nuestro país todo siga ese ritmo, fuera de las leyes del progreso científico. Ahora bien, el teatro se ha de ajustar al compás de la masa total, á fin de que esta no se desconozca en él. Es hablando mal y pensando mal que se aprende y aún que se enseña tal vez á hablar y á pensar bien. Lo importante es no perder la noción del punto de partida y del fin á que se quiere llegar. No las había perdido Sánchez, que, á despecho de la influencia que el medio cosmopolita tiene necesariamente en su obra, y á despecho de sus personales inclicíones filosóficas, fué, en el instrumento y en la inspiración, fiel á las tradiciones, á los sentimientos, á las esperanzas de la propia raza. En él se sintetiza el período inicial de nuestro teatro; pero de todos modos todo lo que él hizo alejándose de esa órbita, no forma parte de su verdadera gloria ni de nuestra admiración profunda. Por libre, por nuestro, por absolutamente nuestro y libre, su nombre no será olvidado, y resultará engrandecido en los tiempos, cuando se le compare con el instante en que surgió á la vida de un teatro nacionalizado por su espontáneo esfuerzo. No había nacido dentro de los límites de la geografía política argentina. Venía de la noble tierra de enfrente, de donde vinieron tantos buenos y nobles espíritus, pero no he de rectificar la palabra: por eso mismo, nuestro, ciudadano al fin de la vieja y grande república del Plata, donde coincidieron siempre fraternalmente los mejores de los de ellos con los mejores de los propios.

JOAQUÍN DE VEDIA.

"REGIMEN MUNICIPAL DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES"

Por José María Saenz Valiente

La prescripción reglamentaria de la Facultad de Derecho que hacía obligatoria la presentación de una tesis para optar al grado de doctor, había caído en el mayor desprestigio, por la escasa importancia que revestían los trabajos, salvo raras excepciones.

El Consejo Directivo, para reaccionar de esa primera tendencia, fijó tema para las tésis, é hizo que su juzgamiento fuera más severo y minucioso.

Fruto de esa reforma, es la obra que ocupa nuestra atención.

Hemos clasificado á este libro de «obra», por que en realidad, franquea los límites en que por lo general se encierra una tesis, para convertirse en un verdadero tratado de derecho comunal, completo en cuanto á su forma, documentación y doctrina.

Difícil es hacer un estudio crítico de este libro para encerrarlo en un artículo—él ofrece tema para un trabajo más serio y meditado, al que tenemos que renunciar con sentimiento, no sólo por el espacio, sino también por el tiempo de que disponemos para ello.

Este libro del Dr. José María Sáenz Valiente, estudiante sobresaliente, entusiasta y activo joven político, si como él lo dice en el prólogo, «es el broche que cierra los años de estudiante», es á la vez una brillante presentación para su ingreso en la vida activa, en la lucha, donde vencen, los que como él, libran batallas con armas templadas en el estudio, la constancia y la honradez.

Entrando á formular nuestro juicio sobre la obra de Sáenz Valiente, debemos primero observar el método de exposición que en ella se sigue.

Con especial penetración ha sabido colocar los jalones que debían servirle de guía en el camino á recorrer, una vez trazado el derrotero que lo conduciría hasta el estudio de la legislación comunal en vigencia.

A título de introducción, se ocupa de los Cabildos.

Los Cabildos, comunas castellanas ó cabildos americanos (distintos por cierto á los de la vieja Europa) han sido instituciones que han dado tema sobrado á más de un teorizador, y á la abundante legión de literatos, las más de las veces fracasados, pero empedernidos proclamadores de libertades y principios, que no conocen ni han aplicado.

Sáenz Valiente, se ha sustraído á esa teorización y fatigosa glosa, para penetrar en aquello que sobre los Cabildos nos interesa, como fuente del derecho municipal argentino, y en pocas páginas hace ese estudio, para luego, cuando entra al análisis de los Cabildos, que llamaré argentinos, por ser su actuación posterior á la Revolución, explayar sus ideas y dar sus opiniones sobre su importancia política y administrativa.

En esa primer parte, «la Revolución y la Anarquía», se hace la prolija exposición de todo lo que atañe al orden municipal en la embrionaria vida argentina: la revolución, el Acta Capitular, el Estatuto de 1811, Constitución del año 1812, Reglamento de 1817, y 19, hasta llegar á la del año 1821, que suprimió los Cabildos.

Esta primer parte de la obra, puede dar una idea de lo que vale el resto.

Con giros resueltos y deducciones claras, expone la vida del Cabildo, su actuación y facultades, para concluir, concordando con Florencio Varela, sobre lo que fué y significó esta institución, en nuestra vida política y administrativa.

Del gran frontispicio que ofrecían los Cabildos, se penetra á su interior, y entonces la visión de grandeza desaparece, para verlo en su realidad,—pequeño y subordinado.

No es entonces, lo que se nos dijo que era, ni el cuadro, merece ser pintado, con coloridos tan subidos. Si el Cabildo de Buenos Aires, no hubiera sido quien dió forma á la la protesta emancipadora, otra hubiera sido la suerte póstumá de los cabildos coloniales; pero, sigamos al autor, y no hagamos digresiones.

No menos interesante que la primera, es la segunda par-

te, (la reorganización 1852-1880), porque si es verdad que ella comprende la época de la tiranía, que poco material puede ofrecer para un estudio de carácter jurídico, en cambio tiene la de la reorganización, que es fecunda, y de positivo valer, para la legislación comunal de Buenos Aires.

Admirablemente tratado está el decreto de Urquiza, sobre el restablecimiento ó creación de la Municipalidad de Buenos Aires; decreto cuyos términos honran á quienes lo subscriben, no sólo por su forma, sino también, y muy especialmente, por los principios y disposiciones que encierra, que para ese entonces eran novedosos y de ensayo.

De las sucesivas leyes dictadas hasta la de 1881, se hace una minuciosa reseña, deteniéndose el comentario en la Convención constituyente de Buenos Aires de 1870 á 1873.

Ya en otra oportunidad, he juzgado esa Convención por la importancia de sus debates, que llegaron á una altura científica no superada en el país, y el doctor Sáenz Valiente, reconoce esa verdad, cuando dice: «Pocas veces podrá citarse en los anales parlamentarios argentinos una reunión tan brillante y un conjunto tan saliente como el que presentaba la Convención Constituyente Provincial». «El nivel medio de la convención, bajo cualquier punto de vista, no ha sido sobrepasado por los congresos posteriores, y quien contemple el cuadro de decadencia intelectual y moral que presenta en nuestros días la legislatura provincial, sumisa servidora del P. E., cuya postración apenas se interrumpe de tiempo en tiempo, por uno que otro estallido de rebelión, se siente inclinado por una fuerza invencible á volver hacia el pasado y á buscar en él, lo que la actualidad nos niega: independencia y altivez».

Después de la exposición metódica de todas las fuentes, llega la obra de Sáenz Valiente á la tercera parte, la que comprende la legislación comunal en vigor.

Aquí podemos decir que el autor se presenta de cuerpo entero, ofrece al lector, el acopio de sus conocimientos—analiza, estudia y comenta, las leyes municipales de 1882 y 1907, en todos sus detalles,—en el proyecto de 1881, y en el veto del P. E., para entrar al proyecto del doctor Angel Rojas, que con pocas variantes es la ley actual.

Como cirujano avezado diseca la ley, la desmenuza con brillo y clara doctrina, llegando su crítica hasta lo más recóndito que ella tiene, ley que en apariencia es sencilla, pero que en el fondo contiene los más graves y serios problemas que puede ofrecer el derecho administrativo y no pocos del constitucional.

En esta parte del libro que comentamos es donde se encuentra el material más nutrido para poder juzgar la obra.

La ley municipal de la Capital, presenta, á los que tenemos que aplicarla é interpretarla, casos interesantes, nuevos, sin antecedentes nacionales, y que para resolverlos, las más de las veces, hay que recurrir á la legislación comparada, á los tratadistas de lo administrativo, ó á las leyes coloniales.

El poder de policía, las facultades sobre seguridad, higiene y moralidad, lo contencioso administrativo, atribuciones del intendente, y muchos otros problemas sobre cuya importancia solo la alcanzan los que penetran estas cuestiones, son tratados en este libro, con ideas propias, con verdadera base jurídica y especialmente con un certero criterio de hombre de gobierno á la vez que práctico.

En algunos capítulos de esta tercera parte, quizá se descubra que el autor no ha querido escribir una obra de derecho municipal, sino una tesis, siendo estrechos los límites de estas para abordar con aptitud algunos temas, pero con todo, los antecedentes impuestos, permiten formular el juicio definitivo sobre el libro—¿Cuál es él?

Sin vacilaciones, podemos decir, que es lo más completo que existe sobre la materia. No es esta una vulgar fórmula de elogio—no—para decirla, recordamos la tesis de Saavedra Lamas, de Díaz Arana y de Orey, pero ellas, dentro de su programa, son sobresalientes, hacen honor á la producción forence argentina, pero la de Sáenz Valiente, tiene algo, que les falta á aquellas—el estudio de la ley en vigor—la utilidad que el trabajo ofrece.

Ya, no obstante el poco tiempo que tiene de circulación, la hemos tenido que consultar, los que defendemos los intereses comunales, porque en sus páginas hemos encontrado la solución, ó elementos útiles para varios casos, presentados en la práctica diaria.

Lástima será que no se difunda, y se estudie en el foro de la capital, porque dicho sea sin ofensa, es poco ó nada conocido el derecho municipal por nuestros abogados, y hoy es menester conocerlo para evitar muchos perjuicios y salvar no pocas dificultades.

Quizá con más tiempo y espacio, pueda ocuparme del interesante libro, que ha ocupado mi atención, á pedido de la Dirección de «Nosotros».

A. Beccar Varela.

Octubre 15, 1911.

PÁRRAFOS A UN JOVEN FILÓSOFO

á X. X...

Recibí tu carta, tus cartas debiera decir, pero como dicen siempre lo mismo, digo tu carta, porque es una sola canción en mi espíritu.

Tiene la dulce amargura de las cosas que recién se comienzan á ver. Se columbra la sonrisa trás la mueca de hastío y la mueca de hastío tras la sonrisa. No hay uniformidad de color. Es demasiada brusca la transición de las tonalidades, para que ninguno de los dos momentos, vivan y echen raíces en el propio jardín.

En la juventud todo es presentimiento de las cosas que vendrán. El dolor de las elegías es dolor presentido antes que sufrido. Esto no quiere decir que el presentimiento de la fatalidad no sea tan doloroso como la fatalidad misma.

Tanto en los pechos viejos como en los jóvenes la sensación del dolor es la misma.

Solamente que lo que en los unos es amargura sin consuelo en los otros es cosa fugaz. Hay que comprender esto. Fugaz, porque la fuerza de la vida es tanta, que por grande que sea la herida, una sola ilusión basta para curarla.

Los poetas jóvenes son un ejemplo. Cantando al dolor, denotan á las claras, en esa facilidad con que lo labran y repujan, al encerralo en estrofas, como en una prisión, casi hasta la vanidad secreta de la posesión de un sentimiento, que al creerse sus únicos poseedores, lo magnifican casi siempre en cantos que pueden ó no salvar la distancia y el olvido. Cosas todas, como se ve, contrarias al verdadero dolor.

Me dices: mi vida no tiene objeto. Y pienso: veintidós años. Y veo que como lo que más tienes es vida, hay la esperanza, remota si se quiere, pero esperanza, de que algún

objeto se le llegue á encontrar. Nadie sabe lo que la vida hará de nosotros antes de los cuarenta ó cincuenta años. Y la esperanza es esa. Está en lo que ha de venir. En que se está á la espera... Y esto mitiga en mucho lo negro de las meditaciones.

Aquí, hay dolor, simplemente dolor, que se agranda ó achica según la sensibilidad del que lo sufre.

Pero aquel que se para un día y dice: —Yo fuí joven. O mi novia está en el cementerio de tal ciudad, ó sencillamente,—en aquel lugar había una casa, ese es el trágico inconsolable (poeta, bandido, cualquier cosa), el trágico que cada uno lleva dentro de sí y que de repente aparece como un fantasma, porque únicamente se le siente ó se le presiente sin verlo, á decirnos que ya no falta más que la mitad del camino por andar.

Ese, *sabe* que nunca más será joven; que nunca más ha de ver los ojos de la que amó, que nunca más verá la casa que el tiempo ha derruído. Ese no dirá: la ilusión no existe, sino mi ilusión no existe. Y la tragedia está en que tiene razón. Todo lo que venga después de pasar los años floridos, amor, dinero, gloria le llegará tarde. Serán peregrinos portadores más de tristeza que de alegría.

En la juventud lo grande es que la lágrima postrera pueda trocarse en una carcajada final. Pues aunque esa carcajada no pueda lanzarse nunca, hasta que el tiempo no haya puesto su pincel de olvido, el corazón tiene derecho á creer en la virtud de su milagro. De ahí la diferencia entre el dolor cantado á los diez y ocho años y la tragedia dicha serenamente á los cuarenta.

Serenamente sí, porque la tragedia está dentro de las palabras y de las cosas, no se la ha puesto tampoco ni hay que ser artista para saberla expresar, fluye sola como la corriente de un río que se alimenta de sus propias aguas.

—Yo fuí joven.—A la vuelta del camino había una casa. Y en esta gran sencillez y en este gran recuerdo, dicho en cualquier tono y por cualquier hombre está la tragedia de la cual todos seremos actores.

No digo somos. Porque nosotros los jóvenes comenzamos por sufrir como testigos para terminar sonriéndonos como actores. El aprendizaje concluye por encallecernos el corazón.

JORGE WALTER PERKINS.

SONETOS

Atardecer urbano

Gentes de prez y otras. Fragor.
Damas lujosas y extrafinas
que al sesgo miran las vitrinas
en las que está todo su amor.

Un diario escandalizador
se grita. Un «auto» hambres supinas
de espacio gruñe en las esquinas
conflagradas y en estertor.

El civil con su palitroque
ceremonia el tráfico. (1) Un toque
primer de luz del foco da
sobre un espejo en que se pasma
mi cara de inocuo fantasma
ahogado en un mar de ansiedad.

Silencio

No concretas tu aspiración,
alma que surcas en lo vago.
En el alcázar del estrago
mi corazón es aldabón.

Alma, busca mi corazón.
Deja ese vago infausto lago
en que asido á tu horror naufrago,
alma de mi consternación.

Alcázar de las muertes; sólo
refugio lóbrego en que inmolo
á su misterio el aldabón,
¿ese es mi ser? ¿No puedes, alma,
dí, arrancar de su enorme calma
mi grito de resurrección?

(1) Refiérese á los guardadores del tráfico, recientemente abolidos.

A esa ternura extraña

Turbia terneza que te apiadas
nutriendo abundosa mi llanto:
sabes cómo la quise tanto
y hoy son mis noches desoladas.

Cuájate, mujer de asombradas
pupilas, oh ternura, al santo
y lento y penetrante encanto
de mis angustiosas veladas.

Hazlo, ternura. Si ella es ida,
ella, la un tiempo aparecida
que simplemente me besó
porque contigo era yo triste,
sal de mí, por mi amor existe:
oh tú que sufres como yo!

Sabes? Yo quiero amarte á tí
como á mujer, porque lo eres,
que nunca tendrán las mujeres
lo femíneo que te cedí:

Adherencia consuelo y
una hondura azul donde mueres
por un placer de los placeres
que es fijo y santo frenesí.

Ternura, ternura en que abisma
sin fé mi varonil pujanza:
fuera de mí, hazte tú misma.
Sólo en pos del combate adverso
quiero á tu amor forjar mi verso
de indignación y de esperanza!

EDMUNDO MONTAGNE.

Tierras incultas

I

Tierras incultas que aguarda la mano
Tenaz y fervorosa del labriego,
Que aduna al óleo bautismal del riego
La formidable pequeñez del grano.

Sois como el hondo corazón humano
Que, náufrago en un cruel desasosiego,
Espera y clama, con augusto ruego,
La afinidad de un corazón hermano.

Mas, no desesperéis; vendrá la aurora
Para ambos, cuando vuelva á la creadora
Madre el precito con la fé que exalta,
Y en su filial piedad el hombre encuentre,
En vuestro blando y removido vientre
Todo el calor que en sus iguales falta.

II

Tierras que fuísteis surcos y rastrojos
Coronadas de sol y las espigas,
Y en vuestro seno todas las fatigas
Hallaron de una madre los sonrojos;

Que volvistéis el grano por manojos
A trueque de constancia y de boñigas,
Y hoy campo sóis de fútiles ortigas,
¡Con cuanta pena os lloran estos ojos!

Malhaya el labrador que con ligera
Pasión os adoró! Ya el disoluto
A vosotros vendrá cuando se muera.
Que tanta ingratitud con que os pagamos
Al fin nivela el postrimer minuto:
De tierra somos y á la tierra vamos!

D. A. Robatto.

APRECIACIONES MUSICALES

Al oir las bellas obras de Rimsky-Korsakow, Borodin y Sibelius, en los dos últimos conciertos de Pallemaerts, pensamos que con razón se dice que hoy la Rusia es la columna de fuego que marcha á la cabeza de la música europea, iluminándola con nueva luz y encendiéndole un extraño entusiasmo y vida. La Alemania se ha vuelto casi estéril después del enorme esfuerzo de dar á luz al colosal Wagner; lo mismo ha sido la suerte de Italia con Verdi; Inglaterra recién se despierta después del largo sueño en que fué sumida hace dos siglos por el grandioso Handel, quien, para muchos ingleses, ha dicho la última palabra en música; la España quiere envolverse en redes wagnerianas; Francia sigue su costumbre de vestirse con los adornos de todos los países que arregla á su manera, y esta vez ha encontrado los exóticos gustos de la época en las joyas rusas. Es Rusia solamente la que, librándose del yugo extranjero, ha ído á la fuente de toda verdadera música, la música popular, ha visto reflejada en ella su propia imagen, se ha reconocido, y hoy después de sólo medio siglo es el espíritu dominante en la música europea.

El arte ruso, como el nuestro y el de los Estados Unidos, era un reflejo del de Europa. Su literatura vivía bajo las sombras del clasicismo y romanticismo; su pintura tenía su época histórica, *genre*, y literaria—en nosotros y en nuestros hermanos del norte todavía sigue siendo lo mismo, en Rusia todo ha cambiado: posee literatura, pintura y sobre todo música propia. Dirán que Rusia tiene tradiciones y religión suyas, fuentes inagotables del arte nacional. Lo admitimos, y en literatura y pintura forzosamente nuestro arte buscará el medio de expresión y leyes en otros extranjeros, de nosotros tomará sólo el color y el espíritu. Pero no debería ser así con la

música nacional. Toda América del Sud está sembrada de bellas melodías y ritmos, que quizás hayan tenido origen andaluz, africano ó indio; pero que hoy han tomado un sabor propio de la tierra americana. Son deliciosos y espontáneos como el verdadero arte de los pueblos, y es en ellos y por ellos que nuestra música vivirá.

Queremos Arte Argentino, con mayúscula se entiende, y para eso hay que comenzar con minúscula. No tenemos fé en los becados en el extranjero—el verdadero artista se cría en su suelo nativo. Panizza ha vuelto disfrazado de Puccini y eso es lo peor que le podía haber sucedido. Nuestros pintores vuelven con imitaciones de Monet, Manet, Whistler y Cía. Nuestros jóvenes poetas se perfuman con esencias extraídas de las Flores del Mal ó reflejan las sensaciones que han recibido de literaturas extranjeras. Sólo se considera arte nacional al drama compadre y al tango. Tienen éstos también interés y aún cierta belleza, pero es una faz de la joya que tiene millares.

La Pascua Rusa de un lado del programa y la fantasía Argentina de Pallemaerts del otro nos obligó mentalmente á comparar las fuerzas de ambas. La gloriosa composición de Rimsky-Korsakow, hecha á base de aires populares y religiosos de la liturgia griega, tan bárbara y delicada, tan rítmica y caprichosa, tan alegre y melancólica; donde desfilan el terror, la resignación, la fé y la bestia humana, parece una reminiscencia de un cuadro de Perov ó más bien de Repin, en el cual van agitadas banderas, crucifijos y reliquias adornadas con cintas multicolores,, seguidos por el clero entre una muchedumbre de miseria, y donde se unen las oraciones y cantos eclesiásticos, á los silbidos del látigo de la policía de aldea. Quizás la Fantasía de Pallemaerts, haya sido compuesta bajo la influencia de los Rusos, preferimos decir, siguiendo esa tendencia. Indudablemente nuestros aires populares no tienen la misma fuerza bárbara y salvaje—pero los sentimientos que expresan son de una variedad infinita. En el Triste, la Vidalita y el Pericón, sólo encontramos la nota de nostalgia, amor, y alegría. De entre éstos ha elegido Pallemaerts, la vidalita y el pericón para su obra, buscando como todo artista el contraste en colorido y sentimientos. Pero la gran dificultad con todo aire popular es darle la forma que le haga amena y que salve esa monotonía de la eterna repetición, común á toda música popular. Pallemaerts no ha sabido evitar esta dificultad, y á excepción de un *Arrorró* que nos hizo oir antes, su desarrollo general es

casi nulo y su instrumentación es débil y poco característica. El pericón nacional tal cual lo conocíamos en su forma original, es una deliciosa página de música, que en sí misma tiene los contrastes de ritmo, frase, y una formaa interesante de por sí. Le falta sólo el colorido orquestal, y éste á pesar de sus buenas y apreciables intenciones, Pallemaerts no ha sabido dárselo. No queremos desconocer la obra de Pallemaerts; sus conciertos son de los mejores que hemos visto en Buenos Aires—no sabemos si su interpretación de la música rusa es la ortodoxa—; sólo afirmamos que bajo su batuta esa música es llena de vida y está muy lejos de esas audiciones algo insípidas que tanto fatigan al auditorio.

La otra pieza de Rimsky-Korsakow fué como las Pascuas, música de programa, pero más literaria, y por consiguiente de un valor inferior. No nos disgusta música de programa, cuando consiste en un nombre como Pascuas Rusas, que solo dá el espíritu de la obra, y nos deja una libertad absoluta para hacernos nuestra literatura mental—pero el programa como una pequeña novela no nos agrada. Sin embargo en *Antar* Rimsky-Korsakow después de la primera parte trata de expresar sentimientos que se pueden traducir admirablemente en música; el Poder, en forma de marcha oriental; la Venganza, á guisa de un terrible crescendo; y el Amor, como un delicado Andante, bello pero sin pasión y en el cual difícilmente uno puede imaginarse aquel ardiente beso que debía darle la muerte deseada á Antar.

La moraleja de todo lo anterior, y que ya se habrá hecho sentir entre líneas, es la posibilidad de formarnos una música con una forma de ser y espíritus nuevos, una música argentina. Con nuestro sistema actual quizás lleguemos á tener un Rubinstein ó un Tschaikowsky, dos que vendieron su herencia por un plato de lentejas, cocidas á la europea. Nada perdería la evolución de la música si se borrasen estos dos nombres de su historia. Es á los «Cinco Innovadores Neo-Rusos», Balakirow, Cui, Moussorgsky, Rimsky-Korsakow y Borodin á quienes Rusia debe su grandeza musical. Estos entusiastas estudiaron bailes, melodías eclesiásticas y populares, encontraron nuevas escalas y armonías, y de ellos han construído óperas y sinfonías que deleitan á los occidentales tanto ó más que á los orientales. Las semillas sembradas por Glinka y Dargomishky habían en verdad dado fruto, y hoy la escuela rusa es envidiada por todo el mundo.

Nosotros, menos felices, hemos seguido el peor de los caminos, el de Italia, cuyos artistas pintan y componen para la exportación. Italia repleta de bellezas de otras épocas no tiene ya sitio en sus palacios para nuevas telas, y dueña del escenario mundial de la ópera, tiene que escribir para todos los gustos—sus grandes artistas son grandes comerciantes. Felices seremos recién cuando vuelva un sólo de los becados, ó no becados argentinos, diciendo y proclamando que en sí mismo está su mundo estético, sus ideas y la manera de expresarlas.

En las estepas, dice una fábula rusa, existe una planta mágica, cuya flor es inmortal. Su fragancia es dulce y exquisita y el que llegue á sentirla se apercibe de los secretos más recónditos de la naturaleza. Animales, árboles y rocas entonces le hablan con acentos comprensibles y oye el canto de las estrellas y de la noche. Pero este perfume entristece, porque no es un canto alegre el que canta el universo. Nadie puede dudar que los poetas, pintores y músicos rusos, al vagar por las estepas en otoño, han encontrado esa florecilla mágica, han sentido su aroma y han comprendido la belleza y tristeza de las cosas humanas. Nosotros también tenemos nuestra flor, que el autor de *Mis Montañas* llama etérea y virginal y símbolo del arte nacional: *la Flor del Aire*—fuente misteriosa de la poesía tierna y sentimental—pero pocos de nuestros artistas la han buscado y aún menos han comprendido su fragancia. Quizás el aroma virginal y seráfico de esta flor escapa á sus toscos sentidos, y ya sabemos que para expresar las cosas en el arte, ante todo hay que sentirlas.

OSCAR SPINETTO.

BIBLIOGRAFÍA

"Divertídas aventuras del nieto de Juan Moreira", por Roberto J. Payró.

Este libro es toda la historia argentina desde el año 53 hasta la fecha. Su acción comienza con la organización definitiva del país y acaso concluye en nuestros días.

Suponiendo que fuera exclusivamente una novela, si debiera yo indicar una palabra que significara su género, me vería en difícil trance. Las expresiones suponen siempre un concepto anterior más ó menos definido y necesario de calificar, á fin de no confundir sus más insignificantes características. Todo apelativo que apliquéis á este libro no alcanzará á caracterizarlo. Es algo más que una novela de costumbres, mucho más que un relato entretenido, muy otra cosa que una novela psicológica: es una novela «argentina». Argentina por la trama, por los personajes, por el ambiente y hasta por el idioma. Todo en ella huele á *nuestro,* desde Juan Moreira, el abuelo legendario que recuerda el título del libro, hasta la más inadvertida acción del último de sus nietos; todo en ella lo reconocemos, todo nos es familiar: es nuestra historia.

En esto consiste el primer mérito de Roberto Payró. El ha creado nuestra novela, puesto que no pueden reputarse tal los ensayos anteriores, más ó menos afortunados, que si iniciaron la tendencia, no acentuaron sus características. Los precursores, entre los cuales hay nombres de verdadero mérito, habían observado bien, pero fragmentariamente. La situación del hombre, frente á la inmensidad del territorio que le había dado las cualidades y los defectos más fundamentales, dió, desde un principio, base y motivo á sendas descripciones. El gaucho, soñador y altivo,

pendenciero ó rebelde, fué en un primer instante, el elemento único sobre el que se hizo literatura nacional. De aquí que, con este falso concepto, más de uno renegó de ella, prefiriendo superficiales imitaciones sín valor y sin vida.

Sin embargo, el ambiente sufría modificaciones. Junto á la campaña estaba la pequeña población, donde se respetaba la propiedad y la justicia, donde existía una autoridad constituída y un vínculo social. Este núcleo y esta gente ofrecía mayor campo de observación que la vida errante del gaucho, sujeto solo á su cabalgadura y sin principio moral alguno. Pero por ser aquél de más fácil análisis, fué tenido en segundo lugar por la mayoría de los escritores que comenzaron la tendencia de nacionalización literaria. Era ese pequeño núcleo, empero, el que constituiría el espíritu nacional.

Sus habitantes tenían de común con el gaucho andariego, la virtud del coraje y la puntiaguda susceptibilidad. No eran Juan Moreira, sino sus parientes que debieron, desde luego, tener otro escenario para sus hazañas.

Frente á la campaña larga y vacía también estaba Buenos Aires, demasiado importante y seductora. Por ella entraba la civilización europea, en ella comenzaba á transformarse el espíritu criollo y era ella quien dirigía los destinos del inmenso territorio. Esta diversidad fundamental dentro de los mismos límites naconales, este antagonismo entre los catorce estados que la constitución declarara independientes y la ciudad máxima, motivó una época fuera de duda más interesante que la que dió nacimiento á la revolución misma.

Aquella época es la que ha elegido Payró para su obra: es éste su segundo acierto. Fué en ella que nuestro espíritu se ha perfilado con líneas inconfundibles sin que más tarde se ofrecieran variantes trascendentales. Es desde entonces que el criollo se ha dado á la política, la cual vocación, de puro vivaracho, sentíala de nacimiento y que cultivó siempre como el más agradable de los *sports*, ante el cual fracasaban todos los humanismos y todas las democracias.

Mauricio Gómez Herrera, el protagonista del libro de Payró, es una figura tan representativa de nuestro medio, como don Quijote lo es en todo el universo. Su actuación en su provincia y en Buenos Aires nos sugiere mucho más que el mejor comentario constitucional. Es el tipo ideal del criollo muy cuidadoso de su reputación, incapaz de

fechorías indignas, pero cuya moral no se ofende ante el «negocio» que denota su diablura y su «savoir vivre». Todos le reconocemos y seríaamos capaces de substituir su nombre por otros muchos bien conocidos, pero nadie hasta ahora nos lo había presentado con tanta crudeza como Roberto Payró. Tiene tres aspiraciones que le obseden de continuo: hacerse rico, ser diputado y por lo tanto figurar y hundir á su enemigo que milita en la oposición. El arrivismo es su credo, la venganza su entretenimiento. Conoce la escasez de su ingenio, pero esto no le inquieta. ¡Acaso sea su primera virtud! En las cuestiones privadas, varias seducciones y algunos engaños, le darán mayor prestigio; además, algún duelo le consagrará su arrojo, sin el cual inútil le sería toda tentativa por ser «algo».

Payró se ha ensañado con este personaje. Nos lo ha presentado en todos los momentos de su existencia, desde su infancia turbulenta y rebelde, hasta la plenipotencia en el extranjero. No ha omitido tampoco el juicio que Mauricio Rivas—su hijo natural—hubo de escribir sobre su padre desconocido. La página es concluyente, y no resisto á la tentación de reproducirla:

«Divertidas aventuras del nieto
de Juan Moreira

«Tan ignorante y tan dominador como el abuelo, nació en un rincón de provincia, y creció en él sin aprender otra cosa que el amor de su persona y la adoración de sus propios vicios. Nunca entendió ni aceptó cosa alguna de ley, sino cuando le convino para sus intereses y sus pasiones. Es la síntesis de la respetable generación que nos gobierna; y media sociedad, si se viera en el espejo, se diría cuando pasa: «Yo soy ese».—Tuvo de su abuelo el atavismo al revés, y así como aquél peleó contra la partida, muchas veces sin razón, éste pelea siempre sin razón con la partida, contra todo lo demás. Suprime sin ruido, hasta gobernadores, como el otro «compadremente», facón en mano... Heredó de su padre el caudillaje, y vistiendo la ropa del civilizado, fue, desde criatura, la esencia del gaucho y del compadrito, despojado con el chiripá y el poncho de todas las que pudieran parecer virtudes, conservando sólo cierto valor personal y un desprendimiento que no es sinó la jactancia del ente que se cree superior, y se ensoberbece más cuanto más grandes son las personas á quienes pueda ó trate de humillar».

El nieto de Juan Moreira había descripto sin quererlo la figura de su padre: Payró tampoco ha olvidado el simbolismo de este juicio.

Los demás personajes de la novela no son menos interesantes. ¿Qué decir del gobernador Camino, qué del gobernador Correa, de los Rivas, de De la Espada?

Este libro es demasiado amargo, demasiado cruel, pero muy nuestro. La obra en sí, es la más representativa de su escuela. Payró ha demostrado ser el mejor y más vigoroso costumbrista de Sud América: «Pago Chico» le anunció, y este libro le consagra. El nos indica la tendencia que debe seguirse y el ejemplo que debe imitarse: Mauricio Gómez Herrera no es el único tipo curioso que vive en estas tierras. Otros muy ilustres personajes han tenido descendencia en la República. Conocidos todos y presentados como este buen nieto de Juan Moreira, servirán estos libros de inmejorables documentos para escribir la historia nacional. Al fin, ya es algo...!

"Páginas argentinas", por Martiniano Leguizamón.

La campaña iniciada hace ya varios años á favor del nacionalismo literario, ha tenido en don Martiniano Leguizamón el más constante y convencido de sus defensores. Si la semilla no ha fructificado como era dable esperar, no es culpa de quienes la ofrecieron. París sigue siendo para los escritores americanos la Meca de sus mejores sueños, y los volúmenes á 3.50 francos la fuente de sus inspiraciones y sabidurías. No es este el momento de señatar las causas del «francesismo» literario de Hispano-América—sobre el que volveremos algún día—pero es ciertamente doloroso que nos hayamos esclavizado á sus preciosuras y á sus juegos de artificio. Por fortuna, la ansiada reacción ha comenzado, y ella nos promete los mejores resultados, á pesar de la insistencia enfermiza con que muchos de nuestros escritores, nacidos en la última aldea provinciana, lloran su Versalles y su duquesita de blanca peluca.

Contra esta tendencia ha luchado siempre Martiniano Leguizamón. Escritor de sangre y por vocación, ha sentido la belleza extraña y seductora de su tierra nativa, ha admirado el gesto del hombre argentino perdido en la inmensidad de su territorio interminable, ha palpitado ante la epopeya organizadora y constituyente, y ha lamentado

á la vaga y dolorosa vidalita que luego se trocaría en canto de esperanza.

Su predicación idealista no es menos estimable. Su ansia por una literatura verdaderamente argentina, le llevó á veces al elogio de obras medianas, pero «olientes á patria». «El éxito de toda profesión de fe—ha escrito—depende de la constancia de su reiteración, por el comentario que renueva y por los nuevos adeptos que conquista.»

Siente que el cosmopolitismo invasor nos está llevando todo y se dice con angustia: «es urgente salvarlo antes de que desaparezca para siempre.» El mismo deseo, la misma aspiración hubo de manifestarla anteriormente en su libro *De cepa criolla*, y *Páginas Argentinas* en su misma fragmentariedad, es un credo que nuestros escritores jóvenes no deberían desoir.

Al fin y al cabo, Leguizamón completa la obra que iniciara Sarmiento, que continuaran Gutiérrez, González, Groussac, Obligado, y que Ricardo Rojas propiciara últimamente en dos libros de envidiable fortuna.

Cuando en nuestros colegios y facultades se enseñe á las generaciones nuevas el valor de nuestra escasa literatura, cuando se estimule el amor por nuestras cosas y se haga conocer la fuente inagotable de sano esteticismo que ellas contienen, la obra de Martiniano Leguizamón será considerada en toda la importancia que actualmente no se alcanza á reconocer.

Entre tanto, esperemos que el autor de *Calandria* y de *Alma nativa* no desmaye en sus entusiasmos. Ellos nos llevarán á la buena época que los actuales momentos parecen augurar.

"Mis filosofías", por Amado Nervo.

Si todo libro para ser tierno ó brillante, ardiente ó helado, según el pensar de M. Anatole France, necesita que el lector sepa comprenderlo y tome de él los sentimientos expresados en sus pequeños signos, no es de dudarse que nuestro ánimo influenciado por tantas determinantes, no puede en todo momento abrirse á cualquier libro. ¿Es posible vivir igualmente en un mismo instante á Shaskespeare y á Moliére, á Racine y á Rabelais? ó ¿es aceptable que nuestra compleja constitución psíquica, variable de estado, como Proteo de formas, se impresione con igual intensidad en todo día ó en toda hora?

Ignoro si por virtud del momento ó por particularidad de mi espíritu, he sentido un intenso placer al leer este libro de Amado Nervo, libro sencillo, de filosofía ligera y amable, que contrasta con cuanto es dable esperar en nuestro siglo.

La filosofía de Amado Nervo no sabe de trascendentalismos, no tiene la grave distinción y la académica importancia de la de un sabio maestro del Colegio de Francia Es una filosofía á flor de alma, escéptica á veces, optimista en otras; cree en la falsedad de toda ciencia, porque la ciencia es producto del hombre, ser infinitamente insignificante ante la vastedad de lo desconocido. En cambio este, que lejos de producirnos inquietud debe despertarnos simpatía, tiene en Nervo un devoto nada impertinente y sí muy amable.

Al fin y á la postre, el libro amable y tranquilo que nos invita á la placidez y al buen abandono, ¿no vale tanto como el abstruso tratado de filosofía que nos obliga á profundos pensamientos?

Todo es cuestión de instante. Muy propicio habrá sido el que destiné á la lectura de este libro, que ha dejado en mí impresión tan agradable.

JULIO NOÉ.

"Primavera" por Luciano González Calderón

Por su encantadora sencillez, por su frescura primaveral, por la expontaneidaad y el sentimiento que revelan, los poemas de González Calderón constituyen una de las más gratas ofrendas poéticas del año.

El autor de *Primavera* no es clásico, ni romántico, ni parnasiano, ni simbolista. No es nada de eso, porque no pretende serlo. Es tan sólo un hombre sensible y culto, un artista delicado, que canta sus alegrías y sus penas sin adaptar actitudes, y dice simplemente:

Corazón, corazón que estás cantando
sin ilusión,
prosigue tu canción...

El fondo suavemente melancólico de sus poesías, no disminuye la impresión de contento, de plenitud vital que ellas producen. Este poeta triste es en realidad un optimista que marcha por el mundo deshojando flores de arte y siente de cuando en cuando la nostalgia de las

cosas pasadas, en las que busca nuevo aliento para seguir adelante:

Vieja casa sin rumores,
evocas de mis mayores
muchas cosas que olvidé;
Hoy al mirar la emprendida
construcción que de mi vida
Dejaré,
siento que á tu fuerte piedra
se abraza—como una yedra—
buscando fuerzas, mi fé.

A veces experimenta la inquietud de la dicha tan sólo presentida, y entonces evoca la visión del viejo lírico y nos ofrece *La escondida senda,* un poema lleno de ternura y emoción:

La senda escondida
—Aquella soñada y querida—
¿Cuál es?
Yo busco esa senda
Y á veces me creo que solo es leyenda
Del místico aquel,
Que con áureo verso
Hizo un ilusorio caminito terso
Cubierto por sombras de paz y de bien...

La tranquilidad monótona de su vida, le arranca un hermoso grito:

Yo le temo á esta vida reposada
(que tiene lo apacible de la nada)
donde principio y fin marchan al par.
...Esta vida tranquila no ennoblece.
Esta vida tranquila no me ofrece
ni una sola derrota ni un triunfar.
Yo miro como van, con esta vida,
en marcha sin rumor, inconmovida,
las horas de mi lento respirar,
y las miro marchar sin voz ni brio,
¡en infecunda marcha! como un río
cuyo único destino fuera el mar.

Tales son sus motivos dilectos: la evocación de lo que fué, el recuerdo de su pasada existencia y la de sus mayores, el anhelo de una vida más fuerte y una felicidad más completa. Por ahí pasa también el amor con su

cortejo de esperanzas y tristezas y toda su infinita variedad de ilusiones.

¿Qué diremos de la técnica? Muy poco, por cierto, pues González Calderón no pretende sorprendernos sacrificando la poesía de sus estrofas á un vano empeño de dudosa originalidad. Como canta impulsado por sensaciones humanas, y para traducir en forma musical hondos sentires, deja que su verso se desarrolle blandamente, harmoniosamente, sin someterlo á inútiles torturas. Hay en el libro sonetos perfectos y composiciones de los metros más variados. En todas ellas está presente el autor dulce y sutil en ocasiones, vigoroso descriptor otras veces, poeta siempre por la virtud de su arte, su talento y su sensibilidad.

"La hora primaveral", por Segundo Moreno.

Ha llegado á ser alarmante la abundancia de los versos en esta Buenos Aires tan violentamente anatematizada en nombre de la poesía. Desde los grandes periódicos hasta las modestas revistas suburbanas, nos ofrecen á diario producciones lírcias más ó menos felices, en las que sus autores tratan de conmovernos con el relato de problemáticas tragedias espirituales ó consiguen aburrirnos al insistír sobre motivos gastadísimos. De continuar á este paso, pronto tendremos tantos poetas como abogados ó autores dramáticos. Y entonces habrá llegado el momento de contener ese avance excesivo y peligroso.

Si la mayoría de los que se dedican á tan dignas tareas, hubiera revelado la más mínima cualidad estimable, que pudiera justificar esa afición, claro está que sería injusto cualquier reproche. Pero desgraciadamente no sucede tal cosa. Casi todos carecen de las condiciones más elementales; y sus estrofas resultan simples juegos de palabras, cuando no verdaderos ataques al buen gusto.

No nos referimos, por supuesto, á los ya consagrados, á los que pudieramos llamar la «élite» de nuestra lírica, ni menos aún al núcleo reducido de los jóvenes que se inician con títulos respetables. Nos inquieta ese enorme ejército de los que no comprenden que para crear poesía no basta con proponérselo, sino que es necesario ser un suprasensible y haber venido al mundo con el sagrado don del ritmo.

Entre nosotros, pocos son los adolescentes que no se consideren autorizados para tentar la gloria ensayando un soneto... y publicándolo. Discípulos de Manuel Flores, al-

gunos, los encontramos en todos los sitios con sus tiradas de un romanticismo deplorable; modernistas, otros, nos atormentan á cada paso con sus risueñas originalidades; versificadores ingénuos, los demás, fatigan y molestan con sus composiciones vagas é inexpresivas.

Lo grave es que esta tendencia lamentable, ha ganado á muchos hombres de verdadero talento, quienes se obstinan inútilmente en efectuar algo que no está á su alcance, en vez de consagrase á las actividades intelectuales de otro orden que les serían propias.

Entre estos últimos se encuentra Segundo Moreno, autor del libro que motiva las presentes líneas. Hay en el volumen mil detalles que revelan un espíritu selecto y una clara inteligencia. Pero el señor Moreno malogra tan nobles atributos empeñándose en hacer versos, cuando ello le está vedado en absoluto. Son los suyos simples esfuerzos retóricos que á nada pueden conducir. Apenas si en *La Conquista Azul* y en el *Poema á Sarmiento* cobra su canto algún vuelo. El resto es pura hojarasca; y por lo tanto no consideramos oportuno dedicarle mayor atención.

"El libro de las incoherencias", por Abraham Z. Lopez Penha

Es este un libro áspero, difícil, desagradable; un libro de rebelión, de hastio, de aburrimiento. Se diría que López Penha, hostilizado por las vulgaridades, los convencionalismos y las necedades del vivir cotidiano, se hubiera propuesto demostrar en su obra que no rinde culto ni á lo necio, ni á lo convencional, ni á lo vulgar, y que por el contrario trata de eludirlos y se rebela contra ellos en la forma contenida que cuadra á un artista de su clase. No quiere decir ésto que *El Libro de las Incoherencias* esté dedicado tan sólo á proclamar las protestas del autor. Abundan en él las notas sentimentales, junto á estrofas viriles que acreditan el prestigio de un verdadero poeta. Pero surge del conjunto cierta filosofía pesimista que deja en el lector una extraña sensación de amargura y de tristeza. Por lo demás, la belleza de los giros, la fuerza de la expresión y muchas otras cualidades, prestan al volumen un valor literario indiscutible y afirman la personalidad del escritor colombiano.

"Horas fugaces" por Felipe Valderrama. — Venezuela

El director de *Mes literario*, que se publica en Coro (Venezuela), ha dedicado el último número de su revista

á la edición de un manojo de poesías que titula *Horas Fugaces.*

Trátase de composiciones de no escaso valor, sobre viejos motivos románticos, y en las que Valderrama se revela como poeta de aliento, demostrando dominio de su verso y noble inspiración.

Hay mucha belleza en sus cuadritos campesinos, tales como *Cromo, Ave mística* y otros que figuran en la parte titulada *Crepusculares.*

Más nos seduce, sin embargo, *Alma que canta,* cuyas composiciones parecen ser posteriores á aquellas, como también á *Nostalgias,* pues denotan mayor firmeza en la expresión y en la forma. Sonetos como *Matinal* y *Miraje* hablan alto en favor de este poeta, que necesitaría tal vez abandonar la tendencia pasada de moda que le distingue para darnos todo lo que de él puede esperarse.

ALFONSO DE LAFERRERE.

"Urquiza.—Su vida, su personalidad y su obra.

Los señores Juan A. González Calderón y Florencio C. González, han reunido en un folleto dos valiosas monografías, respectivamente escritas sobre *La organización nacional* y *El general Urquiza antes de Caseros,* con el objeto común de contribuir á iluminar la historia del vencedor de la tiranía.

Los autores solicitaron del doctor Benjamín Victorica algunas páginas proemiales para sus trabajos, y el ilustre anciano ha respondido con unas extensas é interesantísimas notas acerca de la vida íntima del general y de su residencia en San José, con las cuales el folleto tiene un brillante comienzo.

"La caridad en Buenos Aires", por Alberto Meyer Arana.

El señor Alberto Meyer Arana ha escrito, en dos volúmenes ilustrados, la obra que aún no teníamos: la historia de la caridad en Buenos Aires. La obra es lo que puede suponerse: una abundante colección de noticias, tomadas de diversas fuentes, que van estableciendo paso á paso todo cuanto se ha hecho entre nosotros por el estado ó las clases pudientes en pro de los desheredados y los enfermos. Hábilmente hecha, nutrida de datos, amenizada de oportunas digresiones ó curiosas anécdotas, es una obra que se hojea con agrado y podría siempre consultarse con provecho.

X.

LA DEMOSTRACION A ROBERTO J. PAIRÓ

Un grupo de artistas, escritores y periodistas, se reunió el 21 del mes pasado alrededor de la mesa del banquete, para festejar la vuelta al país de Roberto J. Payró y el triunfo de su admirable última novela, *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira.* La demostración había sido organizada por las revistas *Renacimiento* y NOSOTROS, á cuya invitación respondió cuanto de más selecto hay en nuestro mundo intelectual.

Fué ofrecida por Martiniano Leguizamón, á nombre de ambas publicaciones, con un conceptuoso discurso en que sostuvo con valiente decisión su ideal literario americanista. Contestó Payró con breves, modestas y hondamente emocionadas palabras, manifestando que para él la fiesta era, no ya un homenaje individual, sino la expresión del triunfo de todos; pues así los viejos compañeros, los que ya han luchado, como los nuevos, los que se aperciben para el porvenir, no han visto en él más que á un hombre que cumplió su deber en el esfuerzo común, por lo cual se consideraba, como uno de tantos, sólo un pretexto para la demostración de la existencia de un espíritu nacional en la literatura argentina.

Por último hizo uso de la palabra Carlos de Soussens, para recordar su compañerismo, antiguo y sólido, con el obsequiado.

Asistieron á la fiesta los señores: Martiniano Leguizamón, José Luis Murature, Eduardo Talero, Luis Mitre, Ernesto Mario Barreda, Enrique Hurtado y Arias, Manuel Galvez (hijo), Jorge A. Mitre, Alfredo G. Torcelli, José Pardo, Florencio César González, Alfredo A. Bianchi, Ignacio Orzali, Ricardo Rojas, Roberto Giusti, Enrique García Velloso, Alfredo L. Palacios, Atilio M. Chiappori, M. Martínez Castro, Nicolás J. Grosso, D. González Ramírez, A. Abeledo, Mario Bravo, Alfredo C. López, Julio Rinaldini, Marcos M. Blanco, Joaquín de Vedia, José Ojeda, Jorge Drago Mitre, Pedro Angelici, Pedro E. Pico, Florencio Fernández Gómez, David Peña, Emilio Becher, Fernando Peña y Carlos de Soussens.

Discurso de Martiniano Leguizamón

He aceptado con viva complacencia la grata misión de ofreceros la fiesta organizada por iniciativa de «NOSOTROS» y «*Renacimiento*» las dos revistas intelectuales que en medio del áspero positivismo que nos invade, bregan airosamente por mantener despierto el culto hacia las cosas bellas del arte.

Y si carece de prestigios oratorios mi palabra, puede traer en cambio los antiguos fervores, los entusiasmos que no se entibian en el corazón, para dar la bienvenida al fuerte y fecundo escritor que vuelve después de larga ausencia, á saturarse el espíritu con las savias natales que mañana admiraremos traducidas en obra de arte por la privilegiada pluma que firmó «Sobre las ruínas», «El casamiento de Laucha», y las «Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira», su admirable última novela.

Para sus hermanos en letras, para sus compañeros de común ilusión y entusiasmo, y ¿por qué no decirlo? de comunes triunfos también,—si triunfos fueron aunque modestos los de nuestro gremio,—estaa fiesta no es de agasajo trivial, sino de confirmación del credo espiritualísta de los escritores que piensan como Roberto Payró, que es una noble tarea el cultivar los veneros de belleza y emoción que nos brindan los asuntos de la tierra.

De los que piensan y demuestran, que esa es la «escondida senda» que los artistas argentinos debieran seguir, en vez de esterilizar su inspiración persiguiendo bajo extraños cielos la quimera de interpretar asuntos que no conocen más que á través de la lectura de algunos escritores extranjeros, que no pueden sentir por tanto, ni pintar con verdad, y cuyas producciones llevan oculto el estigma letal de todo lo falso y efímero, porque no son fruto de serena meditación de las cosas vívidas, ni reflejo del ambiente y el paisaje nativo que nos satura el alma con los dulces cariños de la añoranza.

Espíritu de poesía retrógrada, regresiones sentimentales, apegos lugareños, yo sé que contestarán los escritores jóvenes, que persiguen la renovación de la nueva forma estética y de los nuevos ritmos líricos, en la obra de los poetas de la vieja España, en los versos de Berceo, de Góngora y de Quevedo; en el sentimentalismo enfermizo de Verlaine ó en las obscuridades simbolistas de Mallarmé y los novadores franceses, sin apercibirse que con esa tarea subalterna de simples imitadores pierden el sello de su personalidad y malogran la frescura virgen de los temas originales que nuestra

tierra está brindando al artífice animoso, desde que el autor de «La Cautiva», descubrió los tesoros de armonías y emociones líricas que duermen escondidos entre los pajonales de la Pampa; desde que las páginas henchidas de sabor y de vida del «Facundo», nos enseñaron el rumbo para rastrear el filón del oro nativo y la substancia nacional. ¿Qué promesas pueden traer para el arte americano, que por su naturaleza no puede ser, no debe ser sino la expresión palpitante y vivaz del mundo virgen, las imitaciones y reflejos ajenos, sin un solo soplo del espíritu territorial, sin un eco de esa vaga flor de leyenda con que cada país ha tejido la urdimbre de su tradición?...

Pero no necesito esforzarme en demostrar lo que es convicción profunda para los que se sientan á la mesa tendida en honor de un escritor argentino, que ha labrado su reputación escribiendo tantas páginas hermosas como médula y sentimiento de la tierra en que inició los donaires de su estilo rico y cambiante, desde las escenas emocionantes del drama á la sonrisa fina y picaresca de la novela de psicología popular, como si hubiera querido responder así al espíritu snobista que desdeña estas cosas del terruño, que serán siempre manantial nutritivo de ensueño y de inspiración para las creaciones del arte...

Hace un cuarto de siglo—¿te acuerdas, querido Roberto?—que, en la misma mesa de labor, en aquella salita de la imprenta «La Razón», se confundieron nuestros ideales y sellamos una amistad que resistió á todas las peripecias de la vida; allí trazamos las primeras cuartillas y de allí partimos hacia distintos rumbos cuando la muerte de nuestro jefe nos dispersó, á pelear nuestra ruda batalla contra la indiferencia y el prejuicio, saludándonos de tarde en tarde con el abrazo fraternal que nos infundía alientos, sin emulaciones, con regocijo íntimo al contrario: al celebrar jubilosos la labor del camarada predilecto.

He mencionado ese recuerdo íntimo, para demostrar el placer con que acepté el grato encargo de ofrecer este afectuoso homenaje de simpatía para tu obra intensa y multiforme, y de cariño al amigo de todos los que en esta cosmópolis bregan por mantener alerta el espíritu de las actividades artísticas.

Y permita tu modestia,—que no ignora el orgullo radicado en el propio valer,—que corrija el título de uno de tus dramas, y al levantar mi copa lo haga, no por «el triunfo de los otros», sino por el triunfo de Roberto Payró, que es triunfo de los nuestros.

NOTAS Y COMENTARIOS

"La enseñanza de la historia en las universidades alemanas"

Nos es grato comunicar á nuestros lectores la honrosa distinción de que ha sido objeto un distinguido compatríota, y colaborador de NOSOTROS, el doctor Ernesto Quesada, por su alta labor intelectual. El infatigable polígrafo ha sido condecorado por el emperador Guillermo con la orden de la corona, con motivo de su amplio y erudito estudio sobre *La enseñanza de la historia en lás universidádes alemanás.*

De este valioso trabajo que no tiene igual por lo completo en la misma bibliografía alemana, y cuya repercusión ha sido tanta en los círculos universitarios del Imperio, tratará con la merecida extensión, en el próximo número de NOSOTROS, nuestro colaborador, señor Coriolano Alberini.

Advertencías

Por falta de espacio nos hemos visto obligados á dejar para el próximo número, algunos trabajos que debían ver la luz en éste, entre ellos un estudio del doctor Luis Ferrarotti sobre la última obra del doctor Carlos O. Bunge, *Casos de Derecho Penal* y la conclusión del admirable diálogo de Oscar Wilde, *La decadencia de la Mentira,* cuya primera parte publicamos en la entrega anterior. Por la misma razón no aparecen en la presente entrega las secciones permanentes «Bellas Artes» y «Teatro Nacional» y las notas bibliográficas redactadas sobre los numerosos folletos últimamente recibidos.

—A la insistente solicitación de nuestros colaboradores poéticos porque publiquemos sin demora las composiciones con que nos honran, nos vemos en el caso de advertirles que no es la voluntad de satisfacerlos que nos falta sino la posibilidad. La colaboración poética es la que más afluye á las páginas de NOSOTROS, y por cuantas páginas pongamos á su disposición, nos es de todo punto imposible darla entera á la publicidad con la rapidez que desearíamos. Debemos, por consiguiente, limitarnos á prometer que iremos dándola á luz en el orden en que se reciba.

NOSOTROS.